

# La Esfera

13 Octubre 1917

Año IV.—Núm. 198

ILUSTRACION MUNDIAL



REZANDO EL ROSARIO, composición fotográfica de Novella

## DE LA VIDA QUE PASA



Los niños de la primera colonia infantil del Comité femenino de Higiene popular, en la playa de Chipiona

## LOS NIÑOS ANTE EL MAR

ESTE madrileño, que ha regresado hace pocos días del Sanatorio de Regla, formando parte de una colonia infantil, organizada por el Comité femenino de Higiene popular, trae en los asombrados ojos la visión de aquel lugar donde el Atlántico se aparece con su más grande belleza. Una playa de finísima arena, cuyo aduramiento suave, matizado del leve verdor de algunos retamales, se corta austero al llegar a los cercanos campos, cultivados como jardines; la silueta blanca de tres pueblos enjalbegados, Sanlúcar, Chipiona y Rota, tan blancos, que más parecen espumas de las olas que nidales humanos; allá en la lejanía, como una bruma flotante, la silueta de Cádiz, y nada más... Nada más se ofrece en el horizonte. El mar es todo y lo llena todo. No distraen nuestra mirada ni altos montes, ni peñascales bravos, ni apretados bosques, ni islotes, ni arrecifes. Es el Oceano, por donde se encaminaron las mejores grandezas españolas, en toda su pujante bravura; en aquella costa se siente cómo entre el *non plus ultra* de Hércules y el *plus ultra* de Colón ha habido dos humanidades distintas, dos mundos totalmente diferentes. Así, el contraste entre esta grandeza del mar y esta sencillez de la playa, con su monasterio y su sanatorio, se apodera del ánimo produciendo una impresión de alentamiento y alegría, una sugestión de extrañas energías, un anhelo de vivir, porque esta grandeza no nos parece superior a las posibilidades de nuestro esfuerzo.

Sin duda, las altas montañas y los acantilados inaccesibles que penetran cortantes mar adentro como si la Tierra le retara a luchar, deprimen y entristecen. Luego, el cielo gris del Norte quita al agua marina su verde transparencia, donde concebimos naciendo a Venus, donde imaginamos que pueden surgir náyades y nereidas; y sirenas. Así, en este breve parangón, hay algo más que un artificio retórico; todo un problema de terapéutica y de sociología se condensa en él. Tolosa Latour, tan penetrante psicólogo como sabio médico, lo resolvió, creando su sanatorio en esta playa del Mediodía; en la linde de este mar, cuya otra orilla es América; bajo este sol ardiente que tónica la sangre y llena el alma de

alegría; en este alejamiento de grandes núcleos de población donde no hay ni inquietudes ni contagios. El Estado, en cambio, rendido a la moda ó a la influencia política, ha creado los dos sanatorios que se pagan con el dinero de toda la nación, en un extremo del Norte. Sin la obra admirable de Tolosa Latour, el Mediodía de España no tendría un sanatorio marítimo, absurdo tanto mayor, cuanto que en una nación que ofrece la cifra enorme de tuberculismo que hay en España, deberíamos poseer sanatorios permanentes, y no veraniegos, en las numerosas estaciones invernales que podrían establecerse desde la desembocadura del Llobregat a la desembocadura del Guadalquivir.

Así, este madrileño que, débil y paliducho—¿por qué no diríamos honradamente que hambriento de la peor de las hambres, de la insuficiencia del mal comer diario?—, envió con otros muchos el Comité femenino de Higiene popular a la playa de Chipiona, viene transformado. El sol ha tostado su piel, el mar ha enaltecido su espíritu, el aire, puro y salobre ha reconstruido sus pulmones, el cielo azul ha llenado su alma de alegría, el ejercicio ha endurecido sus músculos y, sobre todo, ha comido bien, que la despensa, metódicamente abastecida, es el mejor sanatorio para las dos terceras partes de los pobrecitos niños españoles. Encanta oírle el relato de este oasis que la suerte le deparó en el penoso caminar de su vida desértica en la estrechez y penuria del hogar paterno; maravilla ver qué cantidad y profundidad de observaciones ha deducido de su convivencia con el mar, de su paso por la tierra andaluza, de su contemplación de los campos feraces y de su conocimiento de la raza ensimismada, que se engaña a sí misma con la preocupación de parecer alegre... Fuera ó pareciera interesado recoger de labios de este niño sus elogios a las Hijas de la Caridad que sirven en el Sanatorio, y a doña Milagros Sanchis de Tolosa Latour, que ha substituído a la madre ausente; pero, en cambio, es forzoso advertir con qué temor vuelve este niño a la normalidad de su vida: a su hogar mísero, en el callejón estrecho y pestilente, en la insalubre casa de vecinos; a la convivencia con tu-

berculosos y avariósicos; a la mesa donde la pobreza regatea los más precisos alimentos; al triste invierno de Madrid, con sus fríos inexorables y sus días grises, con su sol pálido y sus nieves...

El Comité femenino de Higiene popular realiza en Madrid, sin duda, una obra estupenda de abnegación individual, como otras muchas organizaciones semejantes. Estos esfuerzos van produciendo sus frutos; se crean sanatorios, se organizan colonias escolares, mejora la higiene en los hogares pobres, pero todo ello con lentitud, no de años, sino de decenios. Un poco más radical que Moliner y Chabás y otros fervorosos propagandistas, yo creo que estos esfuerzos individuales, que estas pequeñas obras sociales, admirables por lo abnegadas, retardan la única solución urgente y posible al trágico problema de nuestra epidemia tuberculosa; la solución del Estado.

El Estado español—quien dice aquí el Estado nombra media docena de personas—está deseando que se le suplante en sus deberes. Su incapacidad no es la de los ignorantes, sino la de los holgazanes. Le acontece igual en los problemas de enseñanza, de crédito, de cooperativismo, de transporte... Basta que los ciudadanos, guiados por su fe ó su civismo, por su altruismo ó su codicia inicien una función social, para que el Estado se cruce de brazos y cierre su bolsa.

Así, cuando decimos que España necesita cincuenta sanatorios, cuando hablamos de que hay que organizar la alimentación de cinco millones de pretuberculosos, cuando pedimos una política de sanidad que tendría que arrasar medio Madrid y restituir a su verdadero valor el precio de los solares, cuando advertimos que la villa y la aldea, que en todo el mundo son como jardines, en España son como pocilgas para cerdos, el Estado responde señalando a estas meritísimas damas que recogen limosnas en la Fiesta de la Flor, que realizan el apostolado de la Higiene, que organizan colonias infantiles, que logran alzar dos sanatorios... Y pasan los años y continúa la tuberculosis cobrando en vidas de gente moza el tributo de nuestra ineptitud, de nuestro abandono y nuestra holganza.

DIONISIO PEREZ

# EL OTOÑO EN ALAVA



Labriegos de Villarreal (Alava), cargando las gavillas



La siega mecánica del trigo en Arcante (Alava)

EN la majestuosa llanada de Vitoria, el fin del estío se adorna de encantos inefables. Son las mañanas frescas, las tardes suavemente cálidas, y la llegada de la noche se anuncia de ordinario con el soplo del viento septentrional que entra por el boquete de la Puebla de Arganzón como para reconocer los que han de ser dominios suyos durante los largos meses de la invernada. Las nubes rosadas y blancas que surgen sobre las montañas del Noroeste, por las que serpea el ferrocarril anglo-vasco, recuerdan las que pintó Tiépolo, con arte único. Nubes de severa alegría, de triunfo honesto, de concordia entre Dios y los hombres: éstos, rendidos á la Gracia Divina; el Señor, tendiendo sus manos todopoderosas sobre las angustias humanas, para remediarlas y socorrerlas. Y en el centro de esa sublime, amplísima área, surge la capital, la bella y melancólica Vitoria, con sus barrios viejos, todo recuerdos de honor; con sus barrios nuevos, todo esperanzas.

Aquí y allá, entre grupos de gentiles arboledas, aparecen las aldeitas, lozanas, limpias, gallardísimas, como grupo de mozueltas que se acogen á la sombra ancestral de la iglesia, y el campanario se destaca, ya silencioso, ya sonoro, cual rodrigón celosísimo al que está confiada la guarda de casas y vivientes. Mora allí una de las más simpáticas variedades del pueblo nacional, ejemplo de sobriedad y virtud, de energía y de amor al trabajo. El alavés conserva en su ánimo el amor de las tradiciones, y le eleva y dignifica con amplio espíritu de tolerancia. Cada familia en su hogar, cada hombre con su conciencia, las manos activas en la labor del día, una oración cuando el sol rompe, otra oración cuando la luz se desvanece, y entre ambos ruegos impetradores de la protección de Dios, la incansable vertiginosidad del trabajo, ora con el arado que traza los surcos paralelos, ora con la guadaña que corta la hierba, ya con la azada que remueve los terrones, ya con la aijada que guía los bueyes uncidos al carro.

Acabo de recorrer estas aldeitas en el momento solemne de la trilla, cuando la familia aldeana se apura en recoger lo que el cielo le dió, cuando el tesoro se halla en la era, expuesto á todos los peligros: la tormenta arrolladora, el vendaval huracanado que se

lleva las mieses y las quema, la lluvia que anega y arrastra... Semanas de zozobra... ¿Será aquella nubé que á lo lejos flota, pequeña, diabólica, negra, la que liquide en media hora el esfuerzo del año?... Y los fuertes sienten duplicada su energía, y los débiles se truecan en vigorosos, y niños y ancianos emulan con los jóvenes en la recia estrepada de la voluntad.

Nunca olvidaré mi paseo por las aldeas vitorianas en la ocasión en que la trilla concluía. En un lugar trabajaban las modernas máquinas agrícolas que sabiamente realizan las diferentes operaciones de la recolección. En otro subsisten los bellos, idílicos, primitivos artefactos de la edad vieja. Dondequiera están el hombre de la boinita azul y la mozueta del pañizuelo blanco.

Esa boina pequeña que apenas cubre media cabeza, es un símbolo pintoresco de la voluntad alavesa. Las he visto allá, en la Argentina, en las estancias en que se cria el mejor ganado vacuno de la tierra. Las he visto en las minas, donde la vida es espantosamente dura. Las he visto en los campos vitorianos, en las eras donde se trilla, en las fiestas populares en que se rinde homenaje á la Santa Patrona, la Virgen Blanca; en los mercados sabatinos; en las carreteras y en los caminos rudimentarios.

Y en todas partes, debajo de cada boina, estaba un hombre fuerte, bueno, animoso, dispuesto al sacrificio, capaz de todos los heroísmos: el de cada hora sacrificada á la labor, y el del

instante trágico en que se da la existencia por la idea.

Fijaos, os lo ruego, en la manera de estar colocada esa boina alavesa sobre el redondo cráneo. Si está echada hacia atrás, es que el que la lleva está en el rumbo de sus afanes. El anda de prisa, él avanza sin tregua, él marcha con el ritmo poderoso de un viaje á lo desconocido. De repente una mano áspera remueve el redondelito de paño y le coloca en el centro de la cabeza. Es que se ha llegado al término de la jornada. Ni un paso más, ni un esfuerzo más. «Aquí llegué, aquí estoy y de aquí no me moverá nadie hasta que yo quiera.» Eso parece que dice la boinita azul cuando es colocada en lo alto del cráneo, cuando, como signo prosódico, indica que una voluntad se ha puesto en pie.

Pues ¿y el pañolito blanco de la muchachuela que interviene en las tareas de la era?... Cubre, generalmente, un rostro clásico, de puras líneas, porque en esta comarca la hembra es bella, y los ojos serenos, como los del madrigal de Cetina, anuncian honestidad, limpieza de pensamientos y de propósitos y cuanto hay de hermoso en la mujer. Con trabajar sin duelo, conserva esta doncella la gracia primaveral, y, siendo sierva de la empresa en que sus padres y sus abuelos gastaron sus alientos, conserva para la hora del amor la delicadeza de una princesina, y para la de la maternidad todos los esmeros con que aquella romana esforzadísima supo convertir en héroes á los Gracos.

¡Ah... la boinita pequeña, el pañizuelo blanco..., cuánto de bueno ocultan!

El fotógrafo ha sorprendido escenas varias de la recolección en la campiña alavesa. Aquí es el viejo que guía los bueyes para que con las herradas pezuñas separen la paja del grano. Allá es el carro cargado que conduce, con elegancia helénica, una muchachita. Más lejos, la máquina captadora se apoderó de la era en el momento en que, asentada una silla, puesta en el trillo, se pasea la aldeana sobre la rubia y ardorosa mies... Y Enrique Guinea, nuestro artista, amante de los campos de su tierra, evoca escenas y personas, y eterniza en sus placas la vida tierna, sencilla, valerosa de estas gentes, en cuyos corazones radica el brío hispano.

J. ORTEGA MUNILLA



Faenas agrícolas en una era de Ali (Alava)

FOTS. GUINEA



"Almiñas", cuadro de Carlos Sobrino, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes

## ARTISTAS ESPAÑOLES CARLOS SOBRINO

EN el leve lapso de tiempo que ha mediado entre la primera Exposición Regional de Arte Gallego celebrada en Madrid el año 1912 y esta segunda que acaba de clausurarse en la Coruña, después de un éxito positivo y simpático, Carlos Sobrino Buhigas ha logrado acusar y definir elocuentemente su personalidad.

Y siempre en un sentido de ascensión, de perfeccionamiento, y siempre ajustado á un criterio de pintor costumbrista, de comentador gráfico de Galicia. Lo mismo en sus cartones de la Exposición del Salón Iturriz (1913), que en el cuadro *El Cristo de Casal Douro* (1915), premiado con tercera medalla en la Nacional, ó en este lienzo *Almiñas*, expuesto en el último Certamen de 1917, y cuyo boceto hemos visto en la Regional de Coruña.

Acaso prefiramos este último aspecto de la personalidad artística de Carlos Sobrino. En el cuadro se esfuman sus dotes de observador, se disuelve su sensibilidad; incluso parece atenuarse la brillantez del colorido y flojear la seguridad del dibujo.

Es también el caso de Alfonso R. Castelao, con el cual tiene muchos puntos de contacto Carlos Sobrino.

Lo que nos seduce en el autor de *Almiñas* es el acierto para resumir en unas piedras, un trozo de

cielo, unas gayas vestiduras de aldeana y unos verdores de maizal, el encanto dulce de Galicia.

Sean otros los novelistas, los poetas pictóricos; á él podríamos llamarle el cuentista. Como cuentos recogen sus escenas gallegas el paisaje, los tipos y la psicología de la vieja Suevia, tan puramente conservada en sí misma.

Mezclan proporcionalmente el realismo con la fantasía, y siendo mucho lo que ya ofrecen resuelto, es más todavía lo que sugieren. ¿No es, acaso, ésta la significación exacta del cuento?

Inician, desarrollan y terminan episodios característicos. Plácidos los unos, alegres otros; irónicos bastantes y melancólicos la mayoría. Es el sello de la raza que no podía faltar y que responde á las descripciones literarias de la Pardo Bazán, á las líricas tristezas de Rosalía, á las policromías del estilo rutilante de Vallé Inclán.

Pero las composiciones favoritas de Carlos Sobrino son aquellas donde intervienen como figura principal las *paisanas* de amarillo ó rojo zagalejo, negro mantelo ó pañolillo rojo; las *malpocadas* de pies desnudos que agujonean los bueyes rubios de la chirriante carreta; las viejecitas que aguardan la muerte ó al hijo que marchó á América, al pie del estrecho hórreo con su cruz ó su gallo en lo alto.

Hasta el mismo procedimiento suave y cariñoso de la aguada, acrece la simpática sensación de estos cuentos gallegos que pinta Carlos Sobrino. Los suaves colores, las gamas tranquilas, reposadas, son como la dulce fabla cantarina y humilde, como el meloso dialecto hijo de la bruma y de la humilde lucha con la tierra...

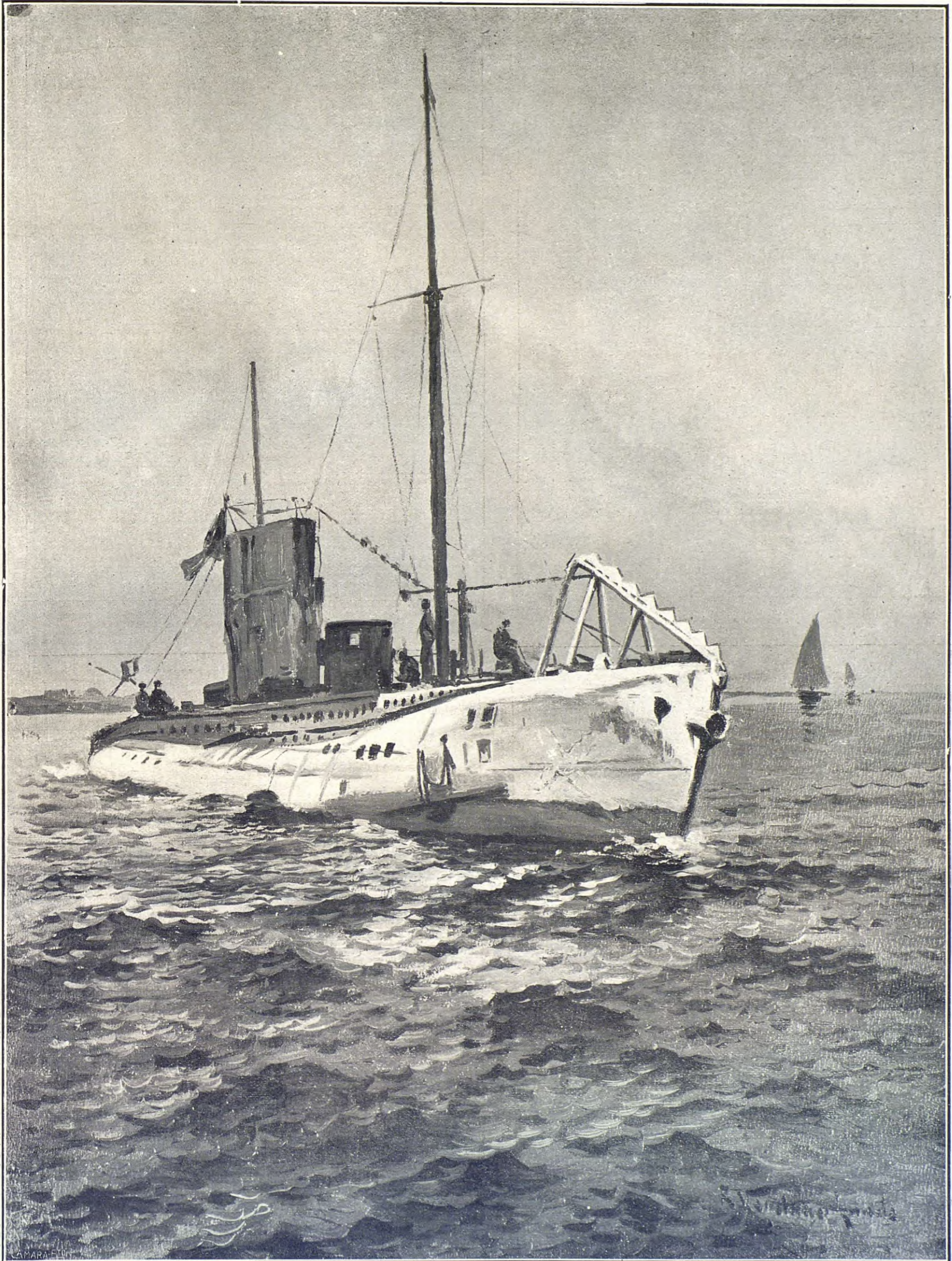
Entes superficiales suelen desdeñar este género de obras, en apariencia intrascendentes y condenadas á una vida efímera. Conceden al óleo y al lienzo una supremacía que no le da la materia ni las dimensiones, sino la maestría técnica y la distinción espiritual del artista.

Y, sin embargo, muchas veces son harto amables y dignos de estimación estos dibujos que reflejan la vida en trozos aislados, en momentos fugitivos, en sutiles observaciones de la luz y de la línea.

España posee actualmente un grupo de dibujantes capaces de retar sin grave quebranto á los de otras naciones. El arte editorial de libros y revistas, el arte del cartel, tiene en nuestra Patria gran número de notabilísimos cultivadores.

En ese número ocupa Carlos Sobrino uno de los primeros puestos. Es ahí donde deberá afiliarse definitivamente.

# EVASIÓN DE UN SUBMARINO ALEMÁN



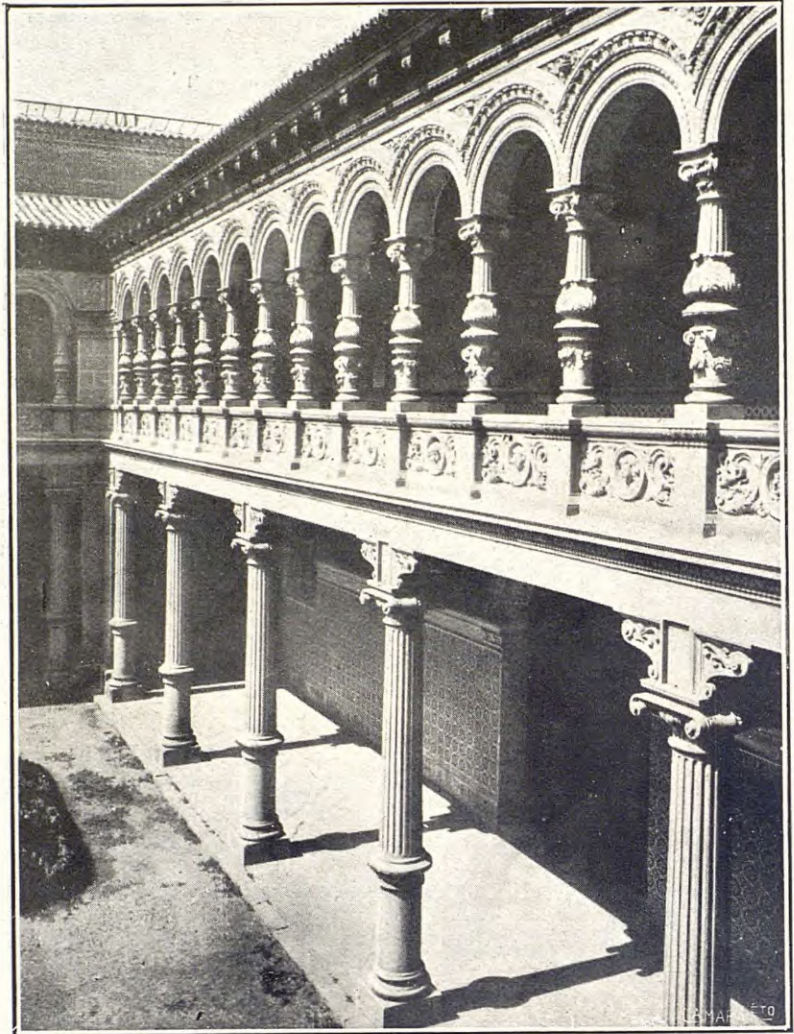
El submarino alemán "U-293", que entró el día 9 de Septiembre en Cádiz, siendo internado en el Arsenal de La Carraca, y que, burlando la vigilancia de que era objeto, se ha fugado de dicho Arsenal

DIBUJO DE R. VERDUGO LANDI

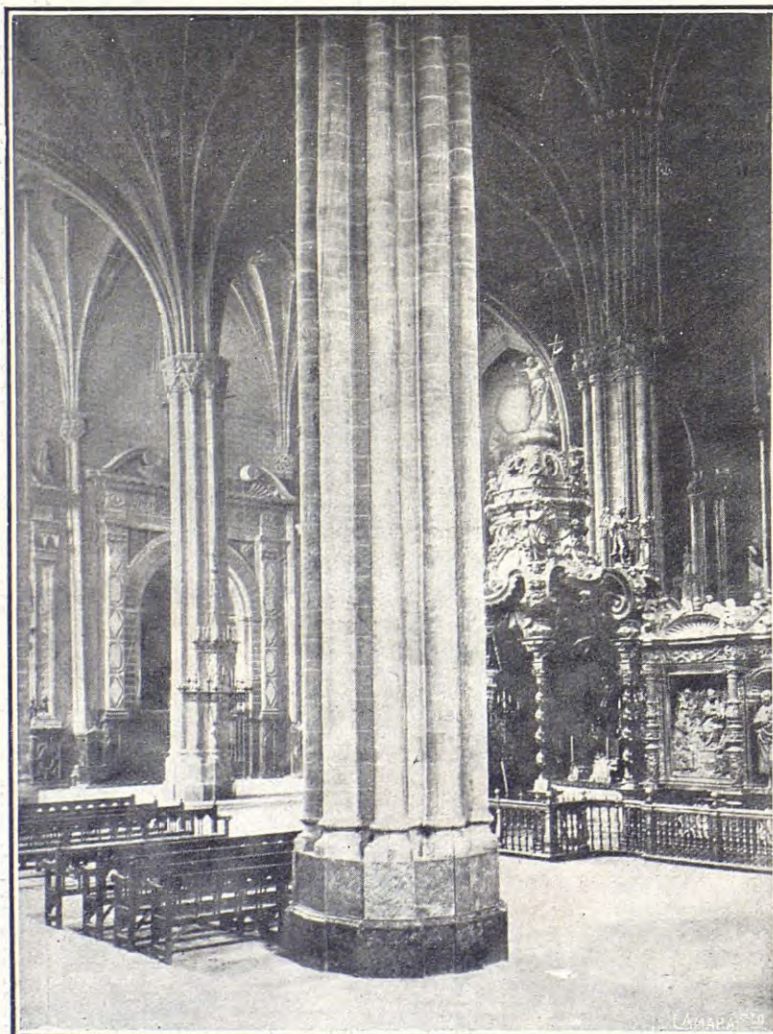
ZARAGOZA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



Portada de la Audiencia



Patio del Museo Provincial



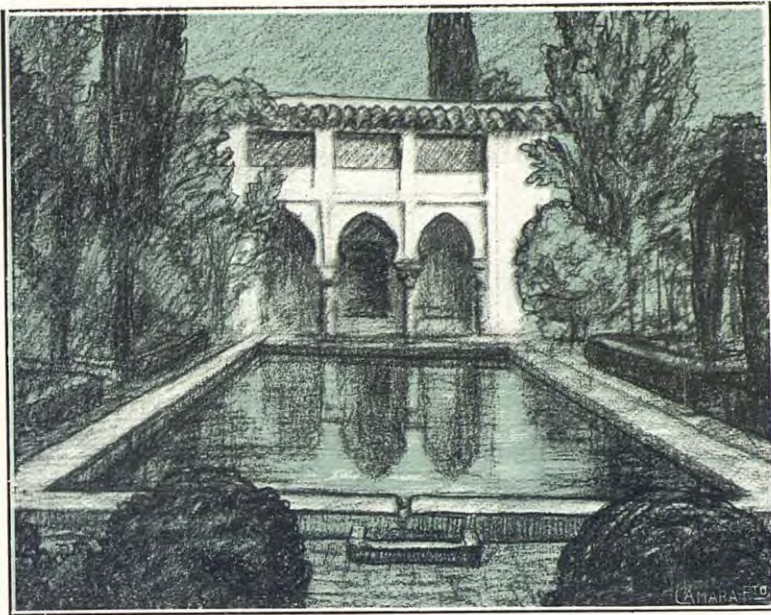
Vista parcial del interior de la Seo



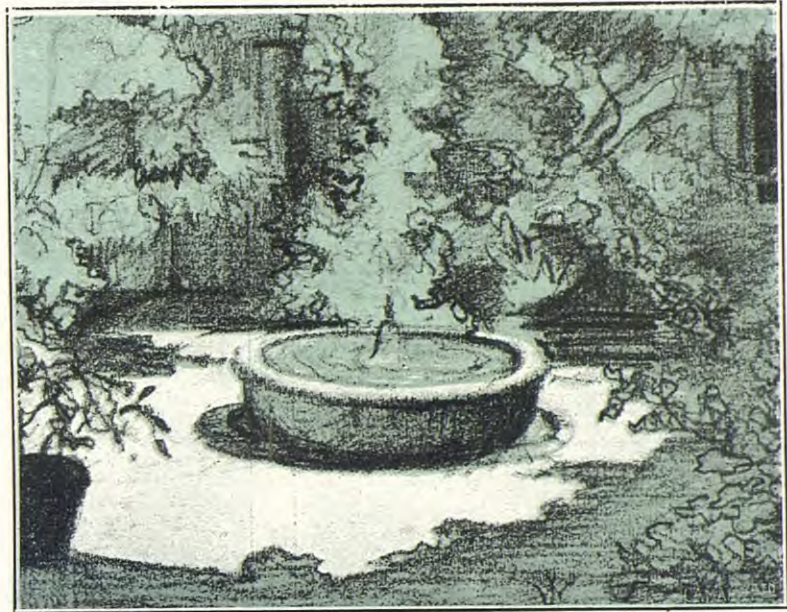
Nave central de la basilica del Pilar

FOTS. HIELSCHER Y CEPERO

MIRANDO A ANDALUCÍA  
EL CLASICISMO DE SUS JARDINES



Jardín mudéjar



Taza árabe en un patio cordobés

(Dibujos de Javier Winthuysen)

**H**AY cosas esenciales en toda obra, de las que nunca en lo estable se puede prescindir. Lo exótico, ó se transforma al aclimatarse y deja de serlo, ó decae hasta desaparecer.

En climas cálidos, el jardín tiene necesariamente que estar humedecido con frecuencia; y para no tener un gasto excesivo de agua—que no sólo sirve para alimentarlo, sino para hacerlo también más ameno con sus juegos—, los cuadros de flores están á más bajo nivel que los paseos y rodeados de setos vivos, con lo cual se impide que el aire seque el jugo necesario para las plantas, y se hace que la evaporación sea más lenta. Es la disposición contraria que adoptan los jardines del Norte, en los cuales es necesario elevar el terreno de ciertas plantaciones para que escurra la humedad excesiva y no pudra las raíces.

Así es, que el orden que guarda el jardín clásico de Andalucía, lejos de ser caprichoso, obedece á una serie de cosas esenciales para su existencia. Todo es razonado en estos bellos jardines. Los juegos de agua en forma de surtidores y cascadas, además de recrear la vista y el oído, refrescan el ambiente y hacen que el sulfato de cal, frecuente en las aguas de pozo, y perjudiciales para el riego, llegue á precipitarse combiándose con el ácido carbónico de la atmósfera. Y cuando las aguas son recogidas en estanques amplios y someros, al par que los rayos del sol templan su crudeza, la inquieta superficie, ríela ó tersa, copia el bosque y la arquitectura.

Tal como los recuadros están rodeados de arrayán ó mirto, los jardincitos están cercados de muros. Y si el jardín es grande, para preservarlo del calor y acomodarlo al carácter íntimo, se le convierte en una serie de pequeños jardines separados por galerías y tapias que visten las trepadoras ó los naranjos y limoneros en espaldera.

Es de tanta consistencia el carácter de nuestro jardín que, después de la dominación mahometana—en cuya época adquirió el mayor esplendor—, ha sufrido la influencia de diversos estilos y, lejos de alterarse su esencia, se ha enriquecido con nuevos elementos que lo han llenado de originalidad y de gracia.

ooo

Los sabios geómetras hicieron de cada jardín un precioso mosaico. En los destinados á paseo, cubrieron el suelo de bella labor de cerámica, dejando ordenadamente piletas para cada naranjo, que se unían entre sí por canalillos. El naranjo, con sus troncos limpios formando la copa á cierta altura y cruzándose las ramas de unos con otros, da el aspecto de un mágico salón á estos paseos techados de verdura, por donde el sol se entreteje, salpicando el con-

junto de matices. Estos paseos, unas veces cuajados de azahar, embriagan los sentidos, y otras en fruto, nos recrean la vista con las doradas naranjas. Y el aire se refresca con los surtidores, que saltan de tazas como medias esferas descansadas en polígonos de esmalte.

Otros jardines se desbordan por tapias de blancura deslumbrante, festoneando sus bardas de mosquetas, jazmines y caracoles. Podemos contemplar este jardín desde el exterior á través de alguna cancela ó alguna celosía. Jardín de ensueño, con alguna fuente que brota de un muro y derrama en depósito ornamentado de azulejos. En el centro, un surtidor se eleva y cae en taza de alabastro, en donde podríamos, al pasar, mojar las manos ó refrescar alguna fruta recién cogida en el lindante huerto. El agua, al caer desde la taza á una estrella de loza policroma, barniza sus colores, y el sol arranca de ellos reflejos de rica pedrería. Esta fuente está rodeada de poyetes de cerámica, y todo ello cubierto por una cúpula de jazmín. Repartidos con

regularidad los recuadros de arrayanes que encierran lirios, alélfes y rosales. Junto á tapias y muros, arriates con trepadoras, hierbaluisas, malvarrosas, dondiegos... Cuando en invierno está el jardín húmedo y sombrío, lo contemplamos desde una azotea llena de sol, hasta cuya baranda, colgada de macetas de claveles, suben las enredaderas.

En un jardín alargado, una acequia que lo cruza en toda su longitud, sirve de espejo á las arcadas de un edificio que parece de encaje. Los cipreses forman dos filas como guardianes, ó, injertándose, hacen arcos, y entrecruzándose estos arcos recuerdan la mezquita de Abderramán y Almanzor.

¿Cuál sería el esplendor de aquellos jardines que se derramaban en la Alhambra y de aquellos otros que, asentados en las laderas de la sierra cordobesa, unían las cumbres de apretado monte con las llanuras donde pastaban los celebrados potros?

Jardines de cielo de cobalto, crepúsculos de grana y noches de plata. Sonoridades de agua, de aire y de pájaros. Surtidores bulliciosos y arroyuelos, lagos como espejos. Palmas airosas, flores, esmaltes. Todas las músicas, todos los aromas, y algo así como una lluvia de cuantas piedras preciosas crió la Naturaleza y pulió el Arte.

ooo

Dentro de tanta riqueza, el jardín clásico de Andalucía es fuerte y ordenado, y en su composición está hermanada la nobleza con la gracia. Nunca hay abigarramiento; su trazado es de líneas purísimas; sus flores están encerradas en marcos de tonos profundos, y los árboles que en él se elevan (exceptuando algún frutalillo) de formas precisas y de tonos potentes.

Decíamos antes, que las influencias posteriores á su origen oriental, no afectaron á su esencia. Las modas invaden el jardín, lo pueblan de vasos y estatuas, lo rodean de arquitectura greco-romana; pero todo se armoniza. En el orden dórico, los fustes se adelgazan, y los vasos y los revestimientos buscan en los esmaltes tonos que, sin quitarles lo severo, les preste lo amable.

ooo

En Andalucía todo tiene deijos de jardín. Las cuevas del Albaicín y de Alcalá de Guadaíra se adornan coquetonas con flores que riegan, cuidadosos, los mendigos que las habitan. Y en los estrechos y retorcidos callejones blancos (blancos azules, blancos violetas, blancos de plata y de oro), nos sorprenderá, asomando por algún ventanuco, un clavel reventón, encendido y profundo como un rubí.



"Fuente de la Madama", dibujo de Winthuysen

JAVIER DE WINTHUYSEN

BELLAS ARTES  
TANAGRANAS



Joven paseante



Tocadora de mandolina



Dos amigas

**H**IJA de Tanagra fué Corina, poetisa griega cuya belleza reproduce un busto mármreo en la Villa Albani de Roma, y cuya gloria conmemoraba una pintura á la encáustica del tanagrano Gimnasio que vió Pausanias, y donde se la representaba ciñéndose la triunfal cinta como vencedora de Píndaro en un concurso público. No fué sólo en este certamen donde venciera Corina á Píndaro, sino en otros cuatro más, con sus estrofas escritas en el dialecto beocio que los atenienses desdeñaban.

Discípula de Mirtis, «el de los dulces cánticos», la poetisa tebana fué la primera que ensalzó á «las bellas tanagranas de los blancos peplos».

Tres siglos después, Heracleides escribía: «Las tanagranas tienen fama de ser, por su talle, por su andar airoso y por sus rítmicos movimientos, las mujeres más elegantes y graciosas de Grecia. Nada hay de beocio en sus palabras, y plena de seducción está su voz. Llevan de un modo inusitado la parte alta del himatión, formando un velo por encima de su cabeza y dejando sólo libres los ojos, de suave y cariciosa mirada. Su calzado es bajo y estrecho, de color rojo, lazo de tal manera que los pies parecen casi desnudos. Sus cabellos son rubios, y se unen en lo alto de la cabeza con rizados bucles.»

Pero mejor aún que las literarias descripciones, nos hablan de las gentiles mujercitas de Tanagra estas frágiles estatuillas que del misterio de las tumbas han salido después de dos mil quinientos años, para mirar en las vitrinas de los museos de Atenas, París, Londres y Berlín sus actitudes unidas de armonía.

En ellas la vida lejana de aquella ciudad beocia, alta y escarpada que cercaban colinas erizadas de pinos, revive. El culto á la mujer de-

bió ennoblecerla. No solamente Corina tenía un suntuoso monumento, sino que los coroplastas cuidaban de eternizar en sus muñequitas policromadas el porte gallardo de las tanagranas y sus ademanes, que parecen musicales cadencias. No encontraréis masculinas representaciones en estas elegantes estatuillas de un arte tan sutil y apasionado. Será preciso buscar en las otras de Mirina los desnudos Apolos, los pastores de égloga, los jocundos Bacos, las desnudas Venus, los ambiguos Hermes ó los caricaturescos animales, y también las reproducciones, en tamaño reducido, de las esculturas de Praxiteles, Escopas y Lisipo.

Los coroplastas de Mirina buscaban su inspiración en las pinturas murales y en las estatuas públicas. Desviaban de propósito modo el arte popular. Sus nombres eran conocidos de poetas é historiadores. Se llamaban Difilos, Pitodoros, Menofilos...

En cambio los nombres de los coroplastas tanagranos se desconocen. Sus modelos no eran las ajenas creaciones de pintores y escultores, sino transitaban por las calles, se agrupaban en

las plazas y paseaban por las campiñas sembradas de viñedos y de olivares, ó recortaban finamente sus siluetas sobre los blancos edificios que rutilaban al sol desteído en el purísimo azul del cielo de Grecia.

Vestían las tanagranas telas de colores vivos, armoniosamente combinados. Los restos de la antigua policromía que conservan las estatuillas halladas en las tumbas, consienten esta afirmación. Los trabajos de Edmundo Pottier, de Salomón Reinach y de Olivier Rayet, la ampliaron y detallaron.

Rara vez el coroplasta de Tanagra reproducía desnuda mujer coetánea suya. Modelaban, en cambio, las flexibles vestiduras, la eurtimia de la línea femenina. Y siempre en momentos familiares, íntimos, de inapreciable elocuencia para el estudio de costumbres.

Unas muchachas que juegan á las tabas ó cogiendo flores. Aquí insinúa una los primeros pasos de una danza; allí, otra, pulsa una lira. Dos amigas giran cogidas de las manos, mientras otras dos las contemplan en una actitud serena y reposada, envueltas en el hermetismo de sus amplias vestiduras, y no muy lejos, otra muchacha lleva sobre sus espaldas á la amiga íntima, cumpliendo la cándida penitencia del *enkotilé*. Y por entre estos grupos ó esas figuras aisladas cruza de cuando en cuando, sonriendo bajo el sombrero de paja amarilla, y agitando su abanico en forma de hoja de loto, la cortesana, con el himatión rosa, y en él una banda amarilla, negra ó purpúrea.

Sólo las cortesanas llevaban el himatión de colores. Recordemos el testimonio de Corina: «los peplos blancos». Lo mismo el himatión largo (peplo), que el corto (caliptra), eran siempre blancos en las donce-



Jugadoras de tabas





llas, y aun en las matronas de Tanagra. No así el chiton ó túnica, donde ya la fantasía y el personal gusto elegían los tonos vivos como el rojo, amarillo, azul y verde, ó los delicados de rosa, lila y gris. Realzaban aún más su belleza los collares, sortijas, diademas y brazaletes—que los coroplastas representaban en sus muñecas con leves toques de oro, perdurables á través de los siglos—, y los diferentes tocados de la cabellera rubia, dejando libre el frente y siempre elevados.

ooo

Es curioso considerar que las estatuillas tanagranas evocadoras de momentos felices, sugeridoras de eróticas contemplaciones, responderían á un propósito funerario, puesto que eran encerradas en las tumbas como una compañía amable y sonriente para el difunto á lo largo de las rutas misteriosas y ultraterrenas.

Significan, en efecto, la consecuencia artística de aquellos toscos *Ushebtis respondientes* egipcios que afectaban la forma de amortajadas momias con las manos cruzadas sobre el pecho y sosteniendo instrumentos agrícolas; de aquellos otros asirios que conjuraban el maleficio de los seres aéreos y subterráneos colgados del dintel de las puertas ó debajo del umbral. Prolonga además la supervivencia de los antiguos sacrificios de las mujeres y esclavas que habían de morir y ser enterradas con su esposo y dueño.

las reproducciones de éstas, sirven de artístico ornato en los estudios de los artistas, en los despachos de los escritores, en los gabinetes de las damas aficionadas á las puras emociones estéticas.

Incluso se llaman *Han Tanagras* las figurillas de barro cocido encontradas en China el año 1900 y dotadas de parecido valor histórico que las producidas por la coroplastia tebana.

SILVIO LAGO

Grupo nupcial



Grupo de dos mujeres

Mujer embozada

Mujer sentada



# VENDIMIA

*Montero*

*El áureo sol de Otoño es una llama  
que envuelve en fuego las robustas cepas  
de torcidos sarmientos, con racimos  
en que los granos fulgen como perlas.*

*Se fundieron la púrpura y el ámbar  
en el misterio de las uvas nuevas,  
y con el oro de la luz formaron  
el vino, que es la sangre de la tierra.*

*Y en las viñas pobladas de rumores,  
de arpegios, de susurros y cadencias,*

*la canción de las mozas que vendimian  
como un canto litúrgico resuena.*

*Oh, ven, mujer... Pues tienes como adorno  
gracia remota de bacante griega,  
ofreceme en el cáliz de tus besos  
el calor que despierte mis ideas.*

*Haz la vendimia del Amor... Corona  
de pámpanos sagrados tu cabeza  
y forma con los granos luminosos  
pendientes que engalaneen tus orejas.*

*Y que sean tus labios un racimo  
donde á la luz del sol nacen y tiemblan  
palabras encendidas de deseo  
que en mí vierten su púrpura sangrienta.*

*Yo haré, mujer, de mis estrofas vaso  
donde coger el vino que me ofrendas,  
y será cada gota un verso nuevo  
que cantará tu amor y tu belleza.*

DIBUJO DE MARÍN

José MONTERO

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Magnífico retablo existente en una de las capillas de la iglesia de Santa María, de Dueñas (Palencia)

FOT. LUIS R. ALONSO

ESCENAS ASTURIANAS

EN LA QUINTANA

**A**BANDONANDO las turbulentas calles de Madrid, nos hemos refugiado en la sosegada frondosidad de una aldea asturiana. Madrid, en este fin de verano, estaba intransitable y odioso. Los gobernantes, velando por conservar la integridad de alma de sus súbditos, queriendo que no se les amenguara el recio temple y los belicosos bríos de antaño, ya que la nación, por fortuna, no había entrado en la guerra, querían darles una ensoñadora ilusión, una figurada y brillante imagen de los campos de batalla... Taludes, fosos, trincheras, se extendían á lo largo de la ciudad; cada día abríanse nuevas henduras en el subsuelo; y los madrileños, de suyo pacíficos y tranquilos, tenían la cercana visión de campos atrinchera- dos, frentes de combate, primeras y segun- das líneas de trincheras. Sólo faltaban las descargas de fusilería y el tableteo de las ametralladoras para dar la ilusión completa y plena de los campos guerreros que ensangrientan á Europa; y aun durante tres ó cuatro días, el Gobierno, pródigo y solícito, administró á sus ciudadanos esa equitativa ración de metralla y pólvora que viene á ser como la aspirina recetada para las cabezas locas de los revoltosos...

En vano el alcalde de Madrid, bien intencionado y prudente, ordenaba que no se permitiese la apertura de nuevas calas; los *exploradores* del subsuelo (¡cuidado, amigo Góngora, en no confundir la r con la t, aunque muchos me agradecerían la confusión!), los vampiros del subterráneo, los *ansiosos* de las alcantarillas, abrían un día y otro nuevas calas en nuevas calles, haciendo á la vez cala y cata de la paciencia de los madrileños residentes en Madrid...

Huyendo, pues, de esta intransitable Corte de los Milagros, donde la debilidad municipal, en complicidad con el calor, hacen del verano una época de prueba en que el ciudadano se ve obligado á hacer ejercicios de alpinismo y acrobacia bajo los rigores de un sol de fuego, nos hemos refugiado en esta aldea asturiana, asilo de paz, bálsamo de las heridas que nos infirió la vida...; para los corazones heridos sombra y silencio, como dijo el romancista...

Conste que no quiero incurrir en la banalidad de deprimir á Madrid en beneficio de las demás poblaciones de la Península, como fué moda algún tiempo, habiendo sociólogo-meteorologista-geólogo que llegó á probar artificiosamente cómo, dada la altitud de Madrid sobre el nivel del mar y sus condiciones climatológicas, era punto menos que imposible que acá hubiese cosa de provecho: ni artistas, ni políticos, ni científicos, ni hombres de ingenio, sino tan sólo chulos jaraneros y venales...

¡No en mis días; jamás será yo de aquellos que en el 98 pensaban solucionar el pro-



Una quintana en Muros

blema español con recitar elegíacas lamentaciones sobre las condiciones climatéricas, la distribución higrométrica, la situación geográfica de las primeras poblaciones de Castilla, de las que siempre fueron cuna y corte del reino de España (como Toledo, Burgos, Valladolid y Madrid), y achacando á esos agentes físicos la causa eficiente de nuestras desdichas coloniales!... ¡No; Madrid no es tierra detestable é ingrata; los ingratos son los que así se expresan, olvidando las delicias de esta villa y corte, pintoresca y fina, decidora y alegre, cobijo de malheridos y fracasados en sus provincias, archivo de recuerdos para quien, como yo, trilla sus calles y se sabe de memoria hasta sus piedras desde la ya longinqua edad de los quince años!...

Mas en estos días septembrinos, presagio del otoño cargado de frutos, un discreto reposo en aldea asturiana templará el alma y enfervoriza el espíritu, aprestándole otra vez para la campaña

(tes), duerme uno de los mozos guardianes de la finca...

En las tardes salimos al pinar. Desde ese pinar oloroso y tónico, se domina una gran extensión de mar. Vedlo ahí, estallando bravuconamente en las rocas del pequeño cabo que avanza mar adentro. Vedlo suave y dulcísimo venir á besar los últimos sinuosos senderos que descienden pinar abajo. Allí pasamos tres horas de absoluto reposo y de meditación, horas fecundas para la imaginación y sedantes para el corazón, tan zarandeado en las tormentosas aventuras madrileñas...

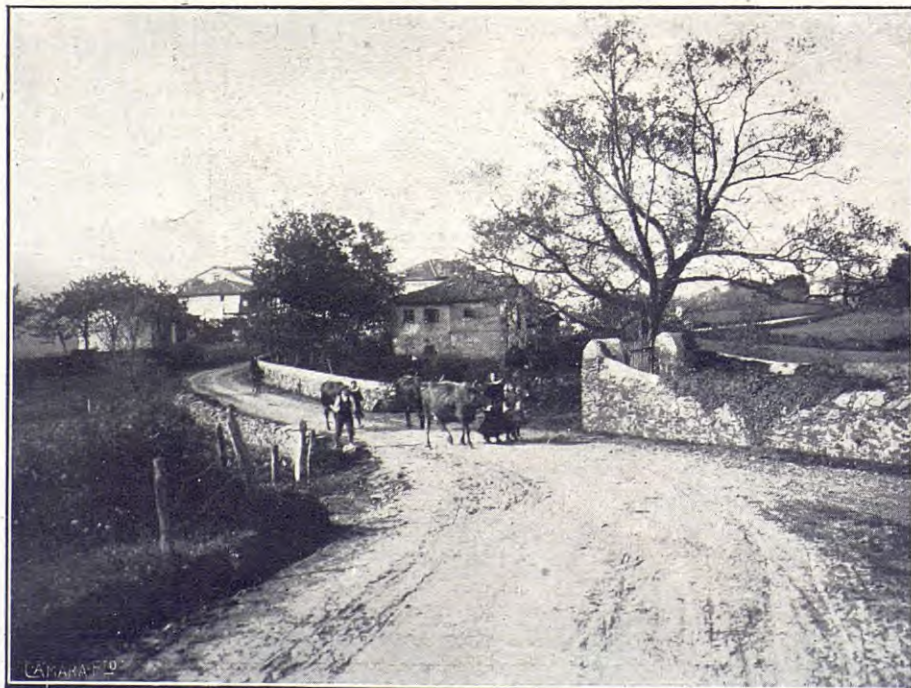
¡Oh, qué lejos estáis del pensamiento sereno y puro, Trini y Manolita, modistas jacarandosas y chulas, típles de Apolo, merenderos de la Bombilla, paseos en coche por la Moncloa!...

Mediada la tarde, salimos á la carretera. La carretera es suave y sinuosa, como todas las carreteras asturianas, bordeada de árboles y de tapias de fincas por donde asoman los pomares sus cabecitas curiosas...

Cruza una pareja de aldeanos guiando unas vacas que llevan al mercado de la villa... Detrás camina, caballera sobre su manso pollino, una moza recia y colorada, de estas mozas asturianas que han sido inmortalizadas en las coplas de la panadera...

¡Todo el campo tiene á estas últimas horas de la tarde una serenidad y una dulzura que embriagan de poesía y aquietan todos los pensamientos impuros ó simplemente lejanos de esta beatitud aldeana!...

Las vacas caminan mansamente, con sus ojos que reflejan el verde divino de las praderas de mi tierra; á lo lejos repica la campana de la parroquia, y entre la frondosidad del pinar, ahora ya sombrío y medroso, muere una copla que canta una voz de cadencias dialectales...



Paisaje de la aldea de Muros

FOTS. DE P. MARTÍN

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

# ZARAGOZA Y EL PILAR



El puente de piedra y el puente del Pilar, sobre el Ebro

FOT. CEPER

HERMOSA perspectiva la que ofrece la histórica ciudad de Zaragoza contemplada desde fuera de su recinto. Surge á la orilla del gran río la basilica del Pilar y destacan en el añil puro del cielo sus numerosas cúpulas pintadas, surgiendo no se sabe qué de oriental; su mole, sólo cortada por lisas pilastras, parece desde allí menos maciza, menos pesados sus estribos... Cimbriase allí cerca, por cima de grandes caseríos, la aérea torre de la Seo, humillando el pardo cimborio; y las casas y las torres y los árboles se alejan en prolongada línea, hasta formar por bajo de los arcos del grandioso puente un segundo término de mágico efecto sobre el azul de las aguas. Y al pie de su ciudad deslízase callado el río con el imponente sosiego de los fuertes, sin murmurar más que al estrellarse en los pilares que lo comprimen, como concentrando su ira y hartándose de razón para desbordarse un día...

Por mucho que



Iglesia de la Seo



La Virgen del Pilar FOT. FREUDENTHAL

se reproduzcan estas fotografías—cual las de Covadonga, como las de Sobrarbe, cual las de todos los santuarios del amor patrio—, se contemplarán siempre con simpatía y con emoción... tal vez con reproche... Zaragoza será siempre un santuario del patriotismo... Hacia él, como hacia los otros, debemos volver la mirada los buenos españoles, resueltos al sacrificio de todas nuestras afecciones, si ellas han de permitir que manos corrompidas, rutinarias é ineptas contengan las patrióticas corrientes que piden una renovación total de mentalidades, de procedimientos y de ideales, para realizar el más santo anhelo: el del engrandecimiento de nuestra nación. Son días críticos para el porvenir de España... Que nuestro patriotismo se inspire en la tradición de Zaragoza y en la firmeza de su Pilar, que ha prevalecido contra todo enemigo de dentro y de fuera que, á través de los siglos, osó contra la heroica ciudad...



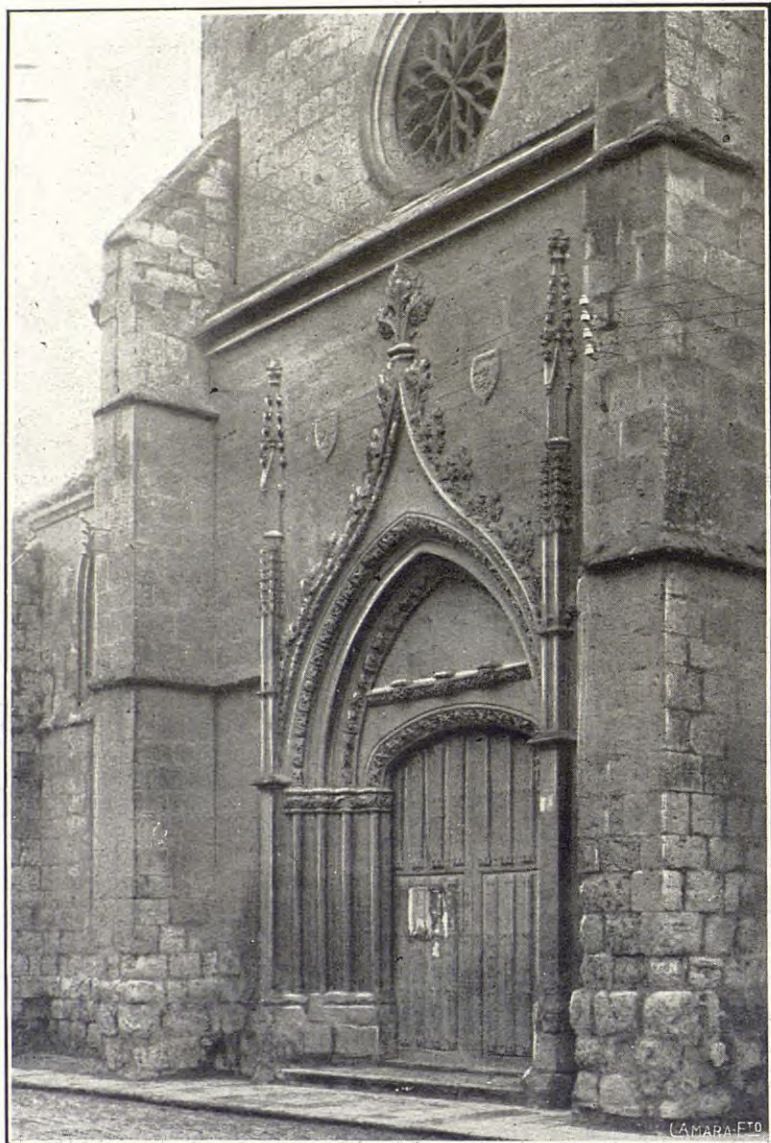
Iglesia de la Magdalena



**ZARAGOZA.—LA IGLESIA DEL PILAR Y LA SEO, VISTAS DESDE EL EBRO**

Fot. Vives

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL  
 PALENCIA Y SU RIQUEZA ARQUEOLÓGICA



Pórtico lateral de ingreso del monasterio de Santa Clara



Fachada del convento de San Bernardo

ENTRE los numerosos é importantes monumentos que conserva la ciudad de Palencia, y que contribuyen poderosamente á darla un mayor aspecto de arcaísmo y vetustez, figuran, en primer término y aparte la suntuosa catedral, que constituye una de las más hermosas construcciones de su género, y de la que en breve hemos de ocuparnos, los conventos de San Pablo, San Bernardo y San Francisco y el monasterio de Santa Clara, á los cuales dedicamos la presente información. Son estas edificaciones como rasgos fisonómicos de la importante urbe palentina, de los cuales, y de otros muchos que hacen de ella una de las más ricas capitales españolas en punto á monumentos arqueológicos, se deduce cuán acendrado misticismo y religiosidad imperaron siempre en esta noble ciudad castellana, que aún conserva, á través de los siglos, el ambiente apacible y sereno de las pasadas épocas.

ooo

Es el convento dominico de San Pablo una sencilla edificación, cuya primitiva fábrica data del siglo XIII, y sobre cuyo frontispicio, dórico, se eleva una modesta espadaña. Muy cerca de este monasterio, hállase enclavada la casa que, según la tradición, hubo de habitar su fundador, Santo Domingo.

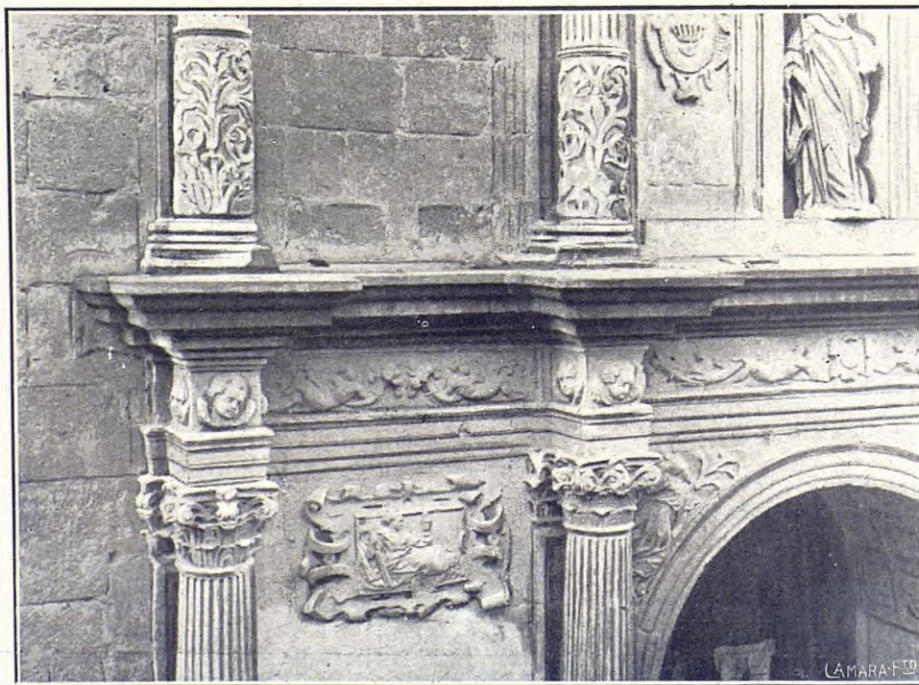
Sancho IV y su madre dispusieron á esta residencia re-

ligiosa su real protección, merced á la cual fueron engrandecidas las proporciones del templo. También contribuyeron poderosamente á la mayor prosperidad de la comunidad los nobilísimos varones y linajudas damas que eligieron dicho monasterio como lugar de reposo para sus cenizas, y entre los cuales figuraron el primer marqués de Poza, D. Juan de Rojas; su mujer, Doña Marina Sarmiento, hermana del obispo de Palencia, y D. Francisco Rojas, y Doña Francisca Enríquez, su esposa, hija del almirante D. Luis. Todos estos ilustres personajes fueron enterrados en sepulcros valiosísimos, cuyos mármoles fueron labrados por artistas de gran valía, entre ellos el ilustre Berruguete.

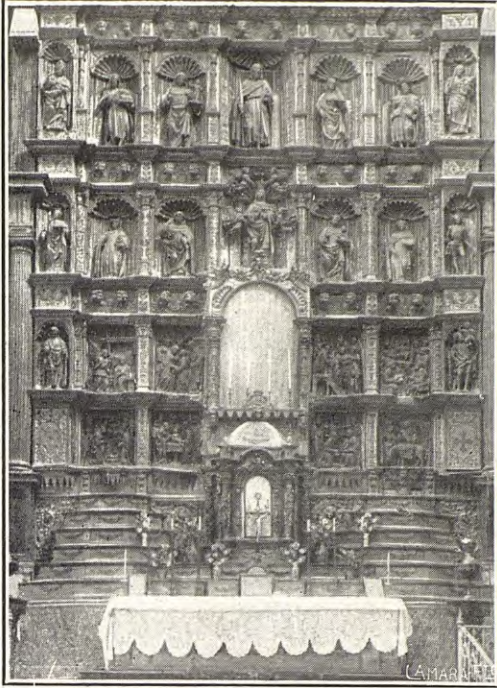
ooo

También, dentro de su modestia, ostenta una gran esbeltez y elegancia de línea la espadaña del convento de San Francisco, construído casi á la par que el de San Pablo antes citado.

Hasta la pasada centuria no sufrió modificación de ningún género en su estructura y ornamentación; mas á partir de entonces, ha sido objeto de algunas alteraciones que le han desnaturalizado bastante; pero, pese á las reformas en él introducidas, aún conserva íntegros su presbiterio y sus ábsides, y es de creer que en el pavimento se guarden aún los restos del



Detalle de la fachada del convento de San Bernardo



Retablo plateresco del siglo XVI, existente en el convento de San Pablo

infante D. Tello, los de D. Juan de Castilla y los de algunos otros ilustres personajes que fueron cristianamente sepultados en el recinto del convento, puesto que no se tienen noticias de su traslación.

Las obras llevadas á cabo en la casa conventual de San Pablo han hecho desaparecer algunos interesantísimos detalles del interior del templo; pero de todas suertes, la visita á esta antigua residencia religiosa proporciona un gran solaz al espíritu y recrea gratamente la vista, que se extasia en la contemplación de tanta belleza.

ooo

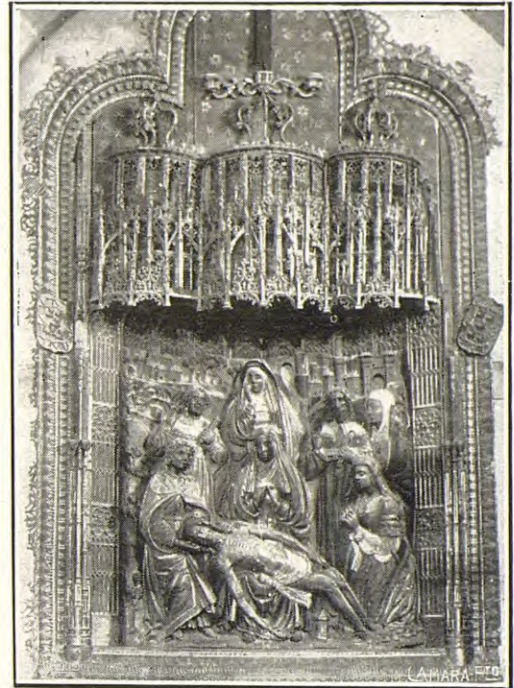
Más afortunado ha sido en su integridad el monasterio de Santa Clara, cuya edificación ha resistido, incólume, el paso de los siglos. Ni la más ligera reforma ha hecho perder á esta edificación su primitivo y su carac-



Puerta de ingreso á la sacristía del convento de San Pablo

de sus hijas. Publicamos también en esta información dos interesantes fotografías del convento de San Bernardo, cuya más interesante particularidad consiste en la belleza de las esculturas que exornan su fachada y que corresponden al noble y señorial estilo del Renacimiento, lleno de aristocratismo y elegancia.

L. G.



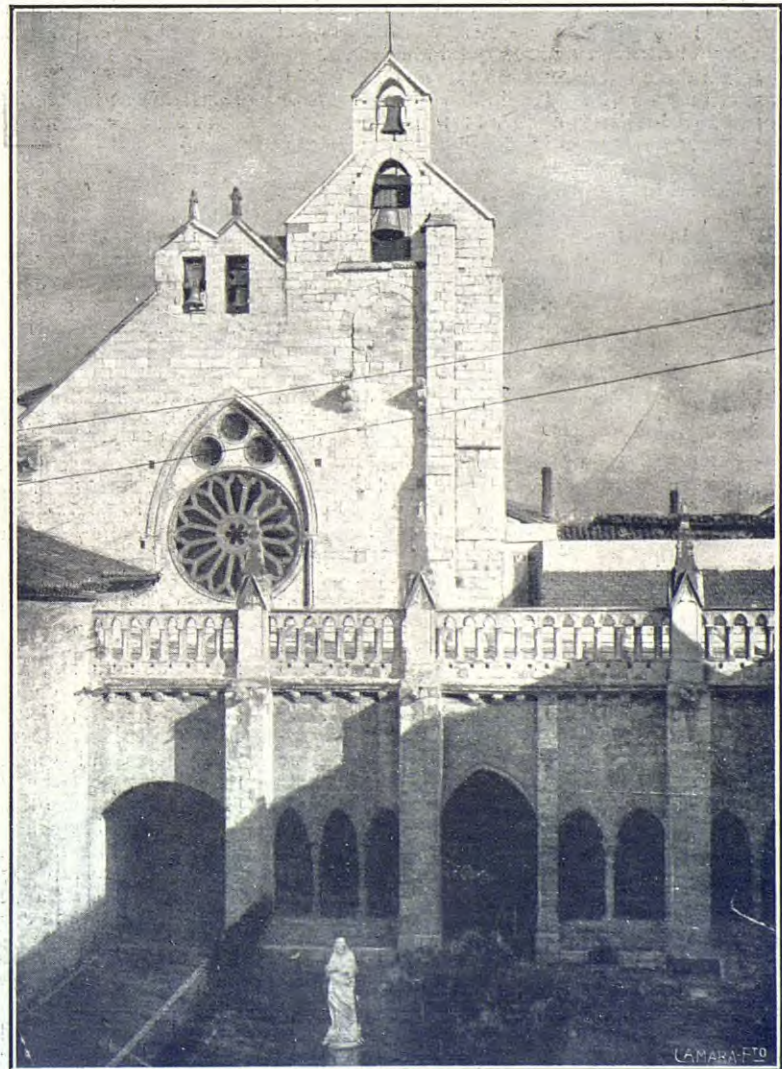
Notable retablo gótico-plateresco, que se conserva en el convento de San Pablo

terístico aspecto, y así conserva intactas las bellezas arquitectónicas que en él fueron reunidas en el siglo XIV, en que fué construído.

Doña Juana Manuel, reina consorte de Enrique II, ordenó su construcción para la comunidad establecida hasta entonces en Reinoso, habiendo sido después objeto de grandes mercedes este monasterio por parte de los almirantes Enríquez, que heredaron el patronato y le eligieron para su sepulcro y lugar de retiro



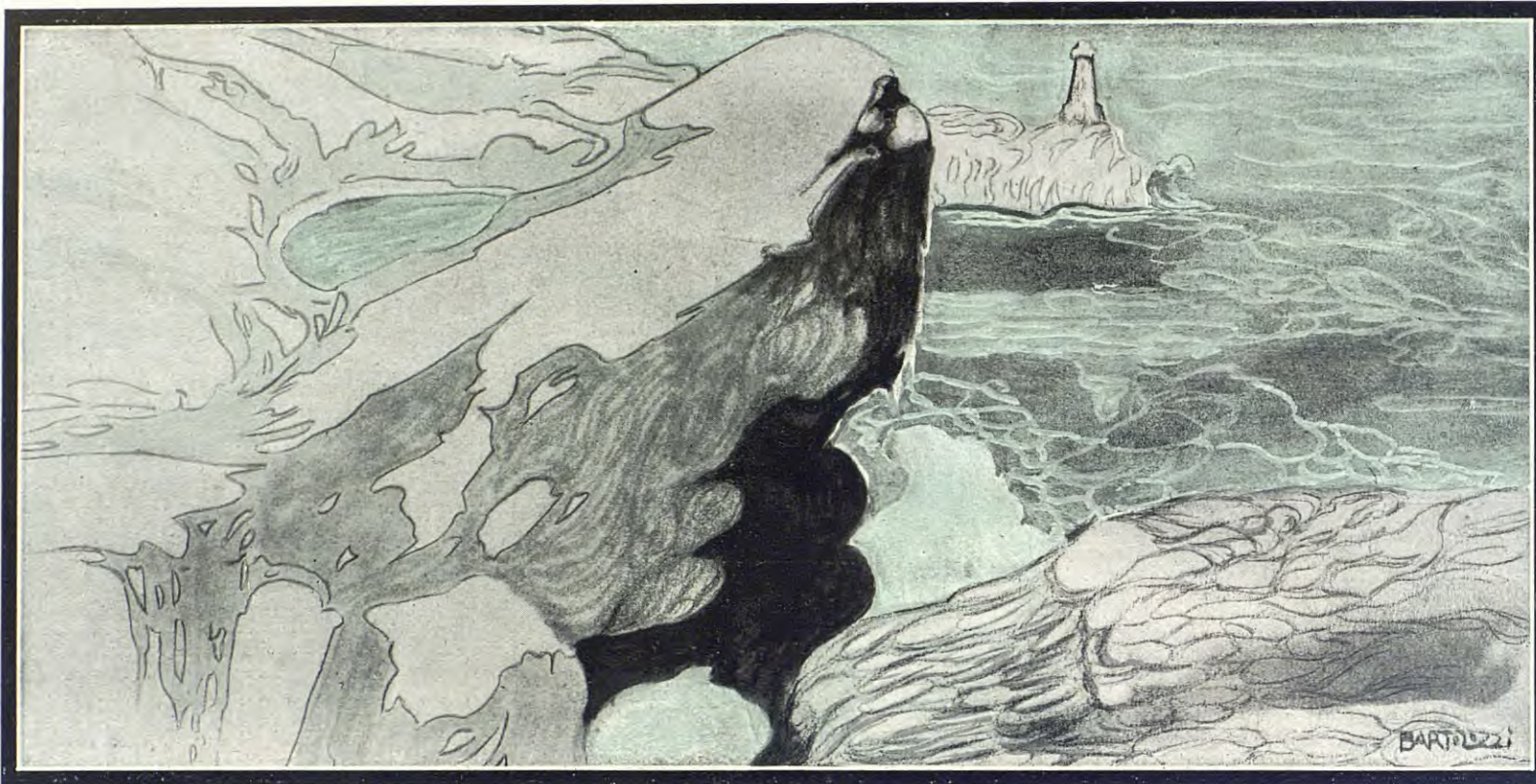
Espadaña y pórtico lateral del monasterio de Santa Clara FOTS. LUIS R. ALONSO



Fachada del convento de San Francisco



CUENTOS DE "LA ESFERA"  
UNA EXTRAÑA VISITA



Para D. Mariano de Cavia

ERA yo entonces torrero del faro que está situado en la costa oriental de Terranova. Elegí esta humilde profesión para poder darme más de lleno a la vida ascética que exige la práctica del ocultismo, al que me he consagrado. En aquellas soledades me era más fácil poner a tono mi corazón y mi mente con la gran mente y el corazón de la Humanidad entera.

Aquel día en que ocurrió lo que voy a contar, era un día triste, desolado y tormentoso, de entrada de invierno; al caer la tarde, cuando el sol, que apenas si había lucido breves instantes, comenzaba a velarse, el horizonte se ensombreció, la atmósfera se preñó de una niebla cobriza.

Del cielo tempestuoso pendían nubes como trombas sobre la cabellera asustada y trémula del bosque cercano, que hacía llegar hasta nuestra torre sus bramidos. Y el mar, embravecido, gemía su clamor confundiendo con el de los árboles. La Naturaleza entera se estremecía, produciendo, con sus múltiples voces, esa nota fundamental cuyo tono corresponde al Fa, como han reconocido los budhistas, los físicos modernos y los músicos, que consideran esa nota como la tónica de la Naturaleza. Los chinos aseguran que las aguas del Hoang-ho, al deslizarse, entonan el Kung, llamado el gran tono en la música china, y que corresponde al Fa.

Como había sonado la hora destinada por mí diariamente para hacer el Yoga, procuré aquietar mi mente, matando la multitud de pensamientos y sensaciones que me sugería la tormenta, para empezar la meditación; me replegué hasta el fondo de mí mismo, elevándome al principio de las cosas. Pero me era más difícil que de costumbre sostener la mente fija en el objeto de la meditación; me distraían los relámpagos, que parecían jirones del cielo caídos en un pliegue de la próxima montaña ó en el mar.

Súbitamente entró en la habitación que yo ocupaba, que era la más alta de la torre, mi compañero de soledad y de trabajo: Gregorio, un hombre, aunque rudo, bueno é ingenuo, que había pasado su vida arriesgándola en la navegación sobre buques mercantes.

Despavorido, me dijo: ¡Abajo hay un hombre! —¿Un hombre? ¿Estás loco? ¿Quién puede haber llegado hasta aquí, con un tiempo como éste?—le contesté.

En efecto, era imposible que nadie hubiera podido atracar con aquella tempestad en el islote peñasco en que se erigía el faro. Llevábamos seis días comiendo solamente conservas y pan

duro, por la absoluta imposibilidad de que se acercase á nuestra costa la trainera que nos proveía de víveres.

—Pues yo he visto un hombre desconocido. Baja conmigo á verle. Estaba escribiendo sobre la mesa de trabajo.

Bajamos juntos, después de haber discutido; yo, creyendo en una alucinación de mi buen compañero; él, en un fantasma. Pero allí no había nadie.

—Pues yo te doy mi palabra de marino honrado de que le he visto; no me cabe duda—me dijo. Y cogiendo un papel que había encima de la mesa, añadió: —¿Ves? ¡Aquí hay una cosa escrita! ¡Mira!

Era un papel que, en rasgos perfectamente claros é inteligibles, tenía trazadas estas palabras: «Víctimas de un submarino, que ha echado á pique nuestro bergantín, estamos en el islote desierto que hay á treinta millas de este faro, al Sudeste. Id pronto á salvarnos. Perecemos de hambre. Tommy Driscol.»

Estuvimos un rato callados, perplejos; yo salí, por fin, de mi incertidumbre. ¡No! Aquella no era la letra de mi compañero, era una letra de finos rasgos, clara, neta, de caracteres ingleses, y Gregorio apenas si sabía escribir; además, no se merecía que yo dudase de su buena fe; era incapaz de mentir ni de dar bromas de ese género; siempre había sido muy respetuoso con mis creencias, mis estudios y mis prácticas. Por otra parte, aquel miedo que tenía no podía ser fingido. Y no me quedó la menor duda de que en el peñón había unos pobres naufragos. A un teosofista no podía asombrarle una visita astral.

¿Cómo auxiliar á esos desventurados que perecían de hambre y de desesperación?

En las horas en que no estaba de guardia para cuidar del reflector procuré dormirme, aunque sólo fuese durante unos instantes, para ver si soñaba con los naufragos; es decir, para tratar de tener alguna comunicación con ellos en el plano astral. Pero fué inútil; no pude pegar los ojos en toda la noche.

En los momentos del amanecer, como si hubiese pronunciado algún *mantra* que calmase los elementos, se apaciguó el tenaz temporal, y la frescura del alba comenzó á blanquear bajo el cielo estrellado y sobre el añil del mar, que, dicho sea al pasar, nosotros, los estudiantes de ocultismo, sabemos formado por las lágrimas de Saturno en el tiempo cósmico.

Lucía radiante el sol en el glorioso é infinito azul, cuando á la media mañana atracó á la costa de nuestro abrupto islote la trainera que nos traía los víveres.

Conté el caso á los muchachotes que la tripulaban, y bajo mi responsabilidad, pues habían tomado el caso á chacota, ordené poner proa y bogar hacia el peñón donde suponía que habían de hallarse los desventurados naufragos. Mi compañero, el bueno de Gregorio, quedóse en el faro, de guardia, lleno de ansiedad, en espera de nuestro regreso.

Al breve rato de haber alcanzado con nuestra vista el peñón, supuesto albergue de nuestro no menos supuesto visitante, pude observar con mi catalejo que de una verde y lozana mancha de maleza se destacaba un grupo de hombres que también debían habernos divisado, á juzgar por las señas que nos hacían con un trapo amarrado á la punta de un palo que enarbolaban desesperadamente.

¡Allí estaban!

Llegamos, por fin, á ellos.

Algunos, los que aún tenían un poco de energía, lanzáronse á nado á nuestro encuentro, temerosos, con ese egoísmo que da la visión de la muerte, de que en la barca no hubiese sitio para todos.

El cuadro que se presentó á nosotros no podía ser más trágico, de más honda, desoladora y horrenda tristeza. Entre aquella gente exhausta, deshecha, anquilada, encontramos tres cadáveres: de una madre y sus dos hijas. Un hombre joven llamó principalmente nuestra atención por su estoica indiferencia hacia el socorro que le llevábamos; cuando todos habían acudido ansiosos á nuestro alrededor, él permanecía como absorto, ensimismado, sin acercarse al grupo: había perdido el juicio al ver ahogarse en el naufragio á su padre, sin poder salvarle.

En el trayecto, cuando nos encaminábamos hacia el faro, nos fueron relatando la historia de su naufragio, una historia ya vulgar, por lo repetida.

Al desembarcar en las orillas del islote donde se asentaba la torre, Gregorio, mi camarada, nos esperaba anhelante.

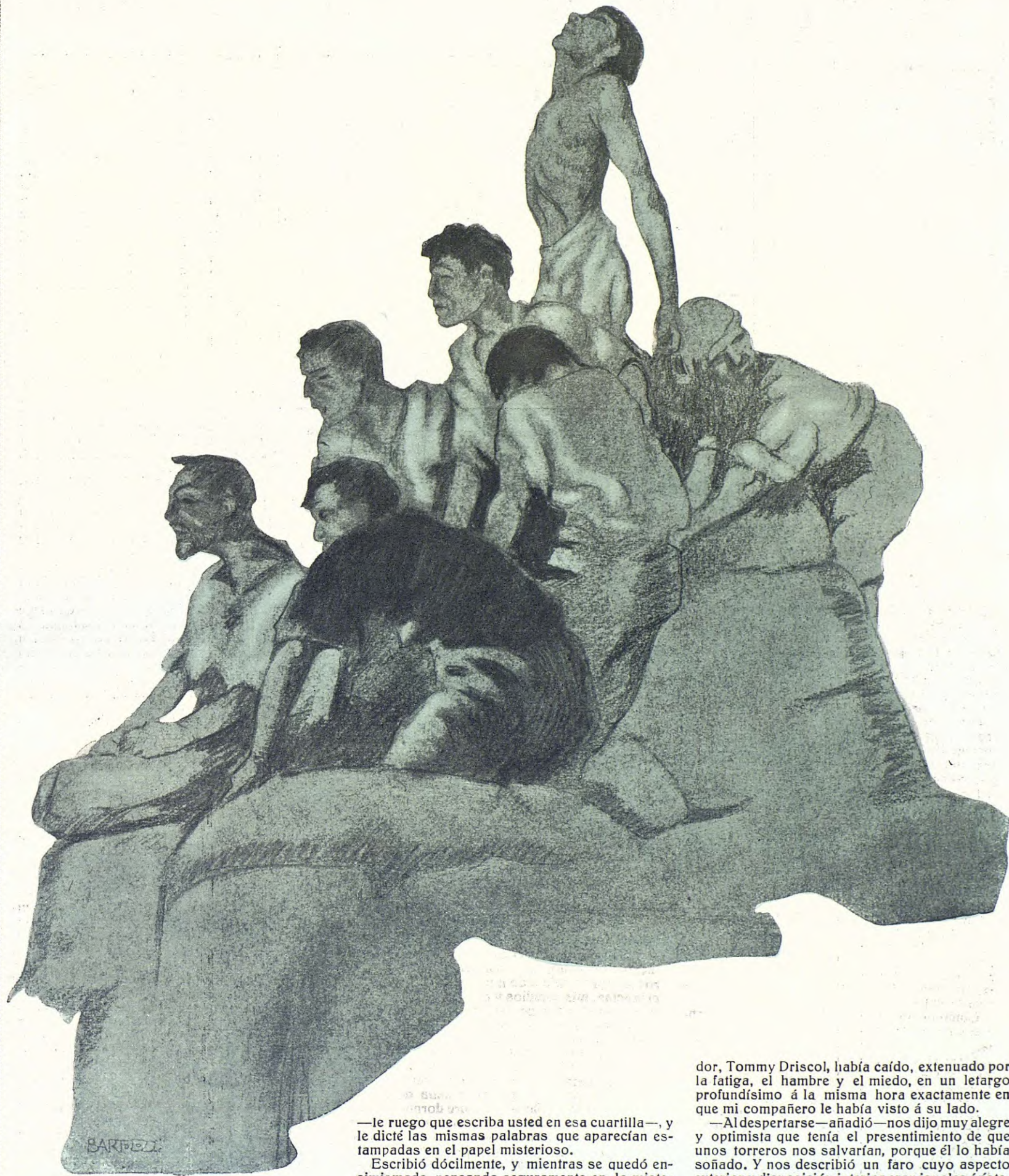
La presencia de uno de los naufragos infundió, de una manera fulminante, enorme espanto en su ánimo.

—Este hombre—dijo aterrado—es el que vino ayer aquí. Este es el que estuvo escribiendo en nuestra mesa. ¡No era ningún fantasma!

Y señalaba á un hombre joven, de aspecto distinguido, que parecía tener en la mirada el color y la melancolía del mar que baña las costas de Inglaterra, su país indudablemente, á juzgar por su porte y apariencia.

—¿Cómo se llama usted?—le interrogué.

—¿Yo? Tommy Driscol—contestó, asombra-



do ante la escena que se estaba desarrollando ante él.

Entonces contamos el caso.

Y ante la estupefacción de todos los que lo escucharon, dije al náufrago, una vez que nos hubimos instalado en el gabinete de trabajo, adonde los condujimos para reconfortarlos con víveres al amor de una lumbre cordial y misericordiosa:

—le ruego que escriba usted en esa cuartilla—, y le dicté las mismas palabras que aparecían estampadas en el papel misterioso.

Escribió dócilmente, y mientras se quedó ensimismado pensando seguramente en lo misterioso de lo ocurrido, cambié el papel que acababa de escribir por el que había aparecido allí mismo el día anterior y, entregándole éste, le dije:

—¿Reconoce usted que ésta es su letra?

—¡Naturalmente!—contestó después de examinarla—. Pero ¿no ha visto usted que lo acabo de escribir en su presencia?

¡Las dos cuartillas eran exactamente iguales!

Como todos, desorientados, querían dar su opinión y hacer absurdas conjeturas, el capitán del navío hundido, un viejo y rudo hombre de mar, impuso silencio, y nos contó que el salva-

dor, Tommy Driscol, había caído, extenuado por la fatiga, el hambre y el miedo, en un letargo profundísimo á la misma hora exactamente en que mi compañero le había visto á su lado.

—Al despertarse—añadió—nos dijo muy alegre y optimista que tenía el presentimiento de que unos torrerros nos salvarían, porque él lo había soñado. Y nos describió un faro cuyo aspecto exterior y disposición interior eran iguales á éste.

—Es verdad—siguió Tommy Driscol, el náufrago que con su desdoblamiento había salvado su vida y la de los demás—. Tengo idea de haber estado aquí alguna vez antes de ahora; reconozco todo esto, que casi me es familiar.

Y con esa serena calma peculiar en los hijos de Albión, encendió la pipa que yo le ofrecí, después que hubo restaurado algo sus fuerzas con un buen caldo caliente y un magnífico plato de vegetales.

CARLOS MICÓ

Miembro de la Sociedad Teosófica

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

DE NORTE A SUR

Las damas blancas

Se repiten estos días, con demasiada frecuencia, en los periódicos, las fotografías que reproducen uniformes, actitudes y ejercicios bélicos de distinguidas damas neoyorquinas.

Adiástranse al otro lado del Atlántico en el manejo de las armas y preparan sus futuras hazañas que hagan hablar á los modernos corresponsales de guerra, como aquellas del mito clásico que inspiraron á Herodoto en sus *Nueve libros de la Historia*.

No llevan, sin embargo, el dórico traje y el airoso casco griego con que en frisos y relieves las representaron los escultores clásicos, ó el menos airoso de los escitas y el alopekis de piel, con los cuales se las ve en pinturas de vasos y jarrones miniados.

Visten, en cambio, los uniformes del ejército yanqui, sin otra diferencia que las faldas cortas, por bajo de las cuales asoman las botas de montar, ni más ni menos que las culebristas españolas cuando se disponen á cantar el «*soy argentina, ché*».

No van á auxiliar á Príamo contra Aquiles, ni las aguarda Hércules para realizar el noveno de sus trabajos arrebatándole el cinturón á Hipólita.

Más bien parecen repetir la leyenda de aquellas Amazonas que cambiaron el nombre al río Marañón, y contra las cuales afirmó haber luchado en el siglo XVI Francisco de Orellana, el compañero de Pizarro.

Mujeres de América, en efecto, contra hombres de Europa. No esperan á la orilla de sus ríos las embarcaciones de los invasores, sino embarcarán con rumbo á europeos puertos en busca de los germanos de cabellos rubios y ojos azules.

Coincide esta marcial actitud de algunas mujeres yanquis con el fracaso de algunas mujeres inglesas á quienes el Estado británico había concedido uniformes y atribuciones de policías.

La *police woman* londinense ha tenido que dejar sus uniformes y sus atribuciones, en mal hora concedidas, para volver á los simples y femeninos deberes de ciudadana.

El ensayo no ha podido ser más grotescamente ineficaz. Con sus cascos y sus mazas de polizonte, imaginaron las mujeres que la misión de los representantes de la autoridad y del derecho era, sobre poco más ó menos, la arbitraria y absurda que tienen en España desde los presidentes del Consejo al último «*guindilla*» de plazuela. Y diéronse á cometer toda clase de tropelías, detenciones injustificadas, imposiciones de multas fuera de razón y denuncias precipitadas que, lejos de mantener el orden, lo alteraban más aún.

La destitución de las *police woman* habrá hecho verter algunas lágrimas de rabia á la señora Pankurts y sonreír á Schopenhauer y á Moebius desde sus ignoradas alturas sobrenaturales.

Porque esa derrota efectiva de las mujeres policías y la no menos efectiva, aunque todavía en futuro, de las mujeres soldados, significan el fracaso del feminismo tal como lo siguen concibiendo algunas furias masculinizadas y algunos píos



Una mujer á quien los recores humanos han herido más profundamente

varones afeminados. ¡Libreme Dios de bromear con una utopía tan noble, generosa y legítima como la emancipación social de la mujer, ni mucho menos de negar las excelencias que para todos significaría la afirmación práctica de un feminismo activo!

Pero siempre que aquella emancipación se realice dentro de los límites naturales y siempre que el feminismo se desarrolle dentro de la más pura y lógica feminidad.

La guerra, arrebatando hombres de fábricas, talleres, oficinas y de toda clase de servicios oficiales y particulares, ha impuesto inevitablemente la substitución de aquéllos por mujeres. Aparentemente la substitución es completa. Incluso los industriales, fabricantes y mercaderes de toda laya, que son los únicos beneficiados con la guerra, alegan que prefieren las mujeres á los hombres. Unos por ocultos y vergonzosos propósitos que la miseria ajena y la impudicia propia, consienten. Otros, los más, porque las mujeres suelen cobrar jornales y sueldos inferiores á los que habitualmente se ven obligados á pagar á los hombres.

No obstante, hay incrédulos y pesimistas que se atreven á desmentir las ventajas y, sobre todo,

la perdurabilidad de esa substitución. Saben que el término de la guerra devolverá millones de hombres á esos puestos ocupados ahora por mujeres. Ellas tornarán entonces á los hogares y á aquellas ocupaciones que antes de la guerra tenían y que no necesitaron la mundial hecatombe para conquistar legítimamente.

¿Fue necesario, acaso, que la egolatría militarista de Alemania impusiera á la Humanidad esta bárbara lucha de naciones para que todo un ejército pacífico de mecanógrafas, de dactilógrafas, de monotipistas, fuera entrando, para ya no salir jamás, en los despachos mercantiles, bancarios y burocráticos?

En cambio sí ha impuesto la guerra á gran número de mujeres equivocadas rutas y antifemeninas tareas que sólo la guerra puede justificar momentáneamente.

No son de ese número las rudas y piadosas tareas de las damas blancas.

He aquí la mujer dentro de ella misma, aureolada de sus propios respiandores, divinizada por la sencilla superioridad de sus sentimientos

esencialmente femeninos.

Entre aquellas princesas de los nórdicos imperios, que se retrataban vestidas de coroneles de húsares, y las princesas latinas como esta duquesa de Aosta, que se retrata vestida de enfermera y firma sus retratos: *Nel santo amore della Patria, nel santo amore della Carità*, la elección de ejemplo no es dudosa.

En el santo amor de la patria y de la caridad se agitan las voluntarias enfermeras de la Cruz Roja. Hay en estas legiones blancas toda clase de mujeres. Desde las reinas, hasta las humildes que no tenían otro sostén sino el obrero á quien han puesto un fusil en las manos y han hundido en el fondo de una trinchera. Las que dieron palacios para ser convertidos en hospitales de sangre y las que dan su vida silenciosamente, obscuramente.

Francia ha sido en este aspecto, como en tantos otros, la nación más admirable. La mujer francesa ha influido también en la renovación social de su patria. La renovación espiritual no ha sido precisa, porque en eso Francia, afortunadamente, no ha cambiado.

Al comparar el número de damas francesas de la Cruz Roja con los de otras naciones, hallamos en Francia la supremacía.

Antes de la guerra no hubo en Francia mítines y motines de sufragistas pidiendo el voto. Durante la guerra no se ha pensado en formar batallones de soldados femeninos.

No precisó de algarradas para conseguir el derecho á ser feliz. No ha querido tampoco matar hombres, sino poner en sus heridas caritativo amor.

Corren por los periódicos y quedan en libros anécdotas de enfermeras. Algunas de ellas ni siquiera mencionan el nombre de la heroína. Es una de tantas que visten el hábito blanco. Acaso una gran actriz, ó una gran burguesa de aristocrático *faubourg*; tal vez una humilde obrera.

¡Qué importa! Es la mujer que cumple su verdadera misión de amar al hombre y alentarle y consolarle, en vez de ser su enemiga y su competidora.

José FRANCÉS



«El herido de Somme», cuadro de De Broca, expuesto en el «Salón des Armées», de París

LA ESFERA  
LOS GRANDES HEROISMOS DE LA GUERRA

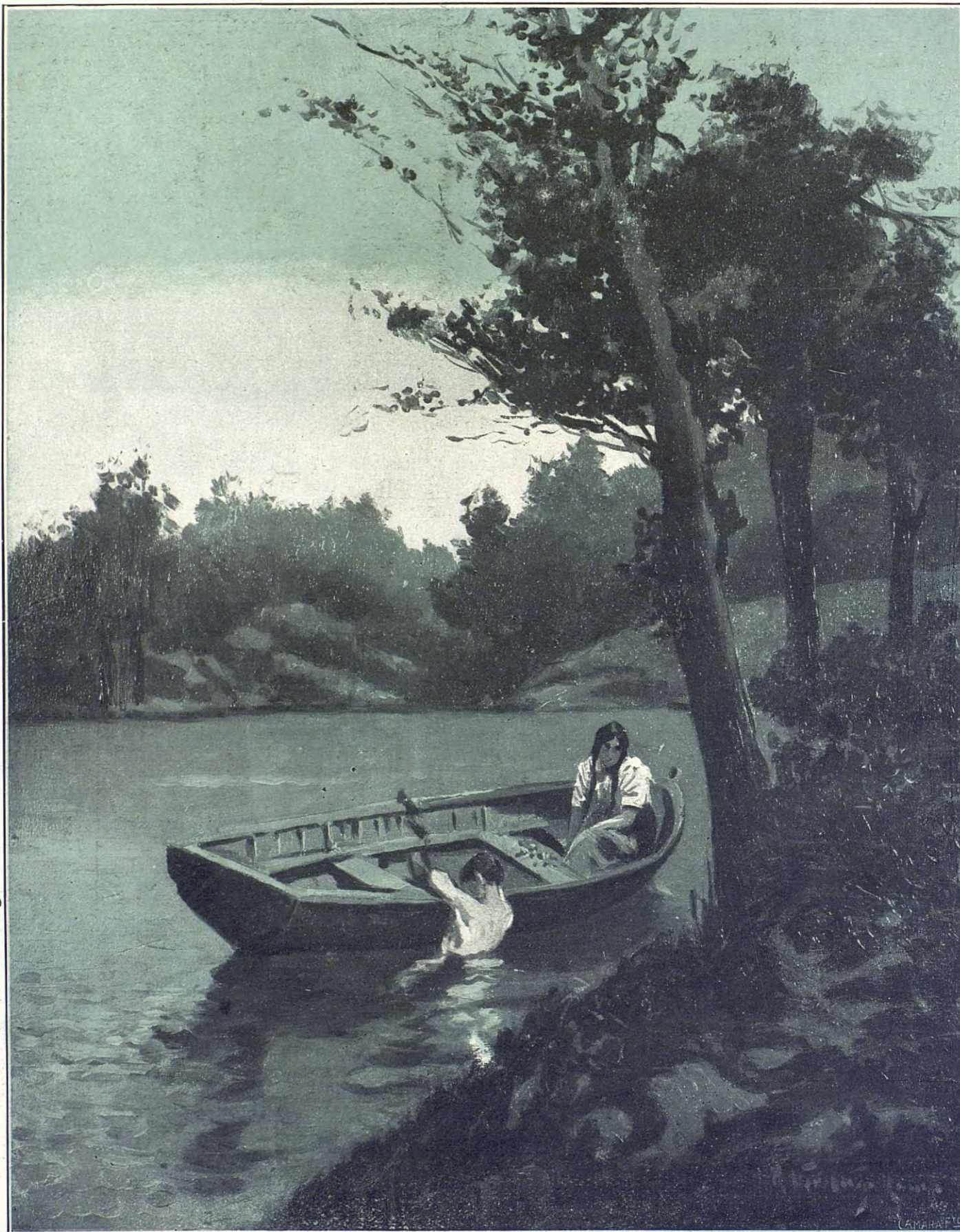


CAMILLEROS INGLESES DE LA CRUZ ROJA CONDUCIENDO UN HERIDO BAJO EL FUEGO ENEMIGO

Por si este dibujo de Matania no fuese bastante elocuente para pintarnos uno de los grandes heroísmos de la guerra, su propio autor lo acompaña con estas líneas, que vamos á traducir: «El fuego de contención estallaba sin cesar en el aire. El humo y la tierra pulverizada eran cegadores, y en medio de este infierno vislumbré dos figuras humanas. Eran los dos únicos seres vivientes en el vasto campo de carnicería. De improviso estalló una granada y los dos hombres desaparecieron. Al disiparse el humo, volví á verlos arras-

trándose penosamente por la tierra removida. Estalló otra granada. La granizada de *shrapnels* les había dejado ilesos. Tornaron á levantarse y, colocando en la camilla un herido, avanzaron impávidos ante la muerte que les acechaba.» Heroísmo es el del combatiente que ve llegar la muerte, dispuesto á defender su propia vida. Pero ha de reconocerse que es mayor heroísmo el del camillero de la Cruz Roja, que arriesga la propia vida por salvar la ajena, en medio de un diluvio de balas que no puede devolver...

# BELLA DURMIENTE



En la barca, por la siesta,  
con las músicas del río,  
bajo el toldo de los árboles,  
la barquera se ha dormido.  
Por su cara de Ruht novia  
el sudor corre finísimo  
y, pegados á las sienas,  
se le ven los negros rizos  
El grandor de las ojeras  
el color se la ha comido,  
y sus dedos, como pájaros,  
picotean el corpiño...

Choca el agua en las poternas,

zumban ágiles mosquitos,  
pasan unos arrieros  
al través de los olivos  
y, asomando entre tarajes,  
nadador el gitanillo,  
lleva en alto los claveles  
chorreando humedecidos...

Medio cuerpo fuera el agua,  
á la barca ya está asido,  
y sus ojos andaluces  
al tenaz sol hacen guiños.  
... Se la come con los ojos,  
se la bebe con suspiros,  
va á saltar dentro la barca.

suenan voces y ladridos,  
y, arrojando los claveles  
sobre el cuerpo adormecido,  
se sumerge entre tarajes  
nadador el gitanillo...

La barquera ha despertado...  
La barquera ha sonreído...  
Illa clavel, como una flecha,  
se ha clavado en su corpiño!

Cristóbal DE CASTRO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

# LAS FIESTAS DE ZARAGOZA



Puerta del Carmen



Cartel anunciador de las fiestas de Zaragoza



Plaza del Canal

Como todos los años por esta época, Zaragoza celebra su fiesta patronal en honor de Nuestra Señora la Virgen del Pilar, los días 11 al 21 de Octubre. Con la frase consagrada, que es la más amplia y expresiva, puede decirse que en esos días la invicta y heroica ciudad «arde en fiestas»; tal es la cantidad de atracciones, veladas artísticas, concursos y feria, que anima de modo inusitado el alma alegre y noble de la ciudad, con cuya ocasión acuden de todas partes de España innumerables caravanas de visitantes y forasteros y un grande contingente de turistas extranjeros que, si en todo el transcurso del año no cesan de frecuentar la capital aragonesa para admirar, estudiar y evocar la gloria de sus monumentos y el arte de sus viejos edificios de inapreciable historia, ahora, en esta época de sus fiestas, puede afirmarse que este elemento forma la cuarta parte de su población flotante. Así es de renombrada la fiesta del Pilar, en Zaragoza, una de las en que aún se conservan los altos valores espirituales de nuestra raza, allí, en sus manifestaciones del alma popular, sana, noble, generosa y hospitalaria con propios y extraños, que es esa la característica del espíritu aragonés y la rancia y gloriosa jaculatoria de su historia.

Durante el transcurso de esos días que duran las fiestas, celébranse solemnes ceremonias religiosas, gran Rosario general, festivales de jota, concursos de bandas civiles, una función patriótica en la que se interpre-

tará «La canción del soldado», concurso hípico, ronda, feria y concurso de ganados, diana y retreta militar, fuegos de artificio y cinco corridas de toros á cargo de los famosos diestros *Gallito*, *Belmonte*, *Saleri*, *Fortuna*, *Nacional*, *Méndez y Camará*.

Por esta descripción del programa puede apreciarse lo sugestivo y atrayente que forma el conjunto de la festividad patronal de Zaragoza.

No sería de justicia dejar de mencionar, con ocasión de estas brillantes fiestas, en las que intervienen y prestan su ayuda y concurso todas las entidades, asociaciones y sociedades de la capital, la saliente personalidad del Casino de Zaragoza, que en este año, como todos, contribuye con su particular esfuerzo á la mejor realización y grandeza de la fiesta de su patrona. El Casino de Zaragoza es uno de los más importantes edificios dignos de visita de los muchos existentes en la capital aragonesa, y, además, con razón figura entre los más notables de España.

Fué fundado en 1843, instalándose primeramente en la gran casa llamada de *Zaporta ó de la Infanta*, memorable residencia que habitaron regios inquilinos, y en una de cuyas estancias falleció más tarde el patricio don Ramón Pignatelli. En 1846 cambió el Casino su primitiva residencia, trasladándose á la antigua casa de Zapater, sita en el Coso, y, por último, en Diciembre de 1848 se estableció de asiento en el histórico palacio de los condes de Sástago, donde permanece en la actualidad.



Uno de los salones y la biblioteca del Casino Principal, de Zaragoza

FOTS. CEPERO

# EL CENTRO MERCANTIL DE ZARAGOZA

**T**IENE la inmortal ciudad de Zaragoza numerosos Centros que pregonan constantemente su vigorosa significación en diversos aspectos de la vida y á los cuales debe su progreso intelectual y artístico, el desenvolvimiento de sus fuerzas comerciales, industriales y agrícolas, y, en fin, cuanto contribuye á dar á la capital aragonesa mayor relieve entre los pueblos españoles y aumenta su prestigio y su importancia.

Merece especialísima mención el Centro Mercantil, al que pertenecen valiosas personalidades aragonesas, representativas de una de las clases á que debe Zaragoza muchos y grandes progresos. El edificio tiene un magnífico emplazamiento, en relación con lo que significa la ciudad, y cuenta con salas y dependencias que permiten tener atendidos espléndidamente todos los servicios. Las Juntas directivas, interpretando exactamente el sentir de todos los socios, y como prueba de la buena orientación del Centro, han prestado siempre especialísimo interés á la biblioteca, la cual han cuidado desde la fundación de la Sociedad, y fomentan actualmente con entusiasmo cariñoso. Merece la pena registrar esta circunstancia, que es una de las que más honran al prestigioso Centro zaragozano.

Tiene la biblioteca cuatro estancias, debidamente dispuestas para satisfacer todas las aspiraciones y necesidades intelectuales de los socios. Son estas dependencias el gran salón de estudio, amplio y severo, como corres-

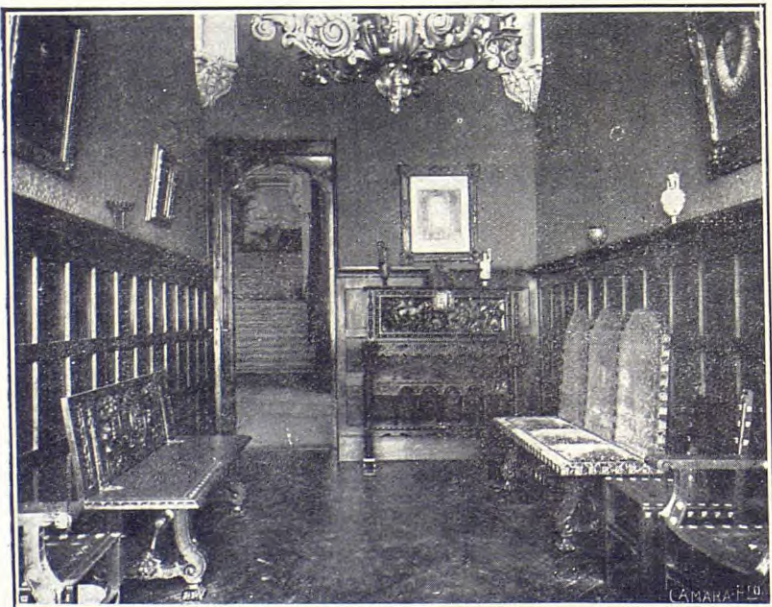


Edificio del Casino Mercantil

ponde á la noble función á que está destinado; la galería, suficiente para las oficinas que le son propios; el gabinete de conversación y la sala para la lectura de publicaciones diarias y periódicos.

En las cuatro dependencias pueden admirarse numerosos detalles de arte y de buen gusto, lo mismo en la ornamentación que en el decorado y en el mobiliario, en los que se advierte al mismo tiempo la suntuosidad y la elegancia, la comodidad y la esplendidez. Una hermosa estantería de hierro cubre en la totalidad de su altura dos grandes lienzos del salón de estudio. En ella tienen actualmente albergue considerable número de ejemplares, que alcanzan todas las materias del humano saber y proclaman una dirección amplia é inteligente, bien avenida con las orientaciones de nuestro siglo, constante pregonero de respeto y de tolerancia á todas las ideas y á todas las tendencias. Este detalle constituye por sí solo la mayor razón para el elogio que se debe al Centro Mercantil por la preferente atención que presta á su biblioteca.

Entre muchos libros de raro valor bibliográfico, envidia de eruditos, son de admirar algunos ejemplares góticos. En ellos están las obras del famoso poeta Juan de Mena, y repertorios bibliográficos antiguos noblemente codiciados por los inteligentes. También se guardan obras de gran mérito y precio, tratados de diversas ciencias, de Medicina y de Farmacia especialmente, é interesantes planos y manuscritos.



Salón de visitas



Salón-café

POTS. CÉPERO

LA ESFERA

# ARTE MODERNO



R. L. MORELLÓ

DESILUSIÓN

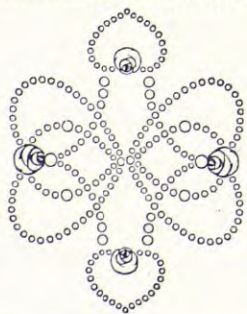
Dibujo de Ramón López Morelló



PÁGINAS POÉTICAS



MARTE Y LA PRIMAVERA



Marte ríe en la fronda con la planta en el lodo  
y la espada hasta el puño por la sangre manchada,  
y tiene, como un César hace tiempo beodo,  
tanta sombra en el cráneo como sangre en la espada.

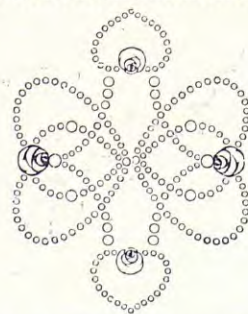
Entonando risueña la canción del gran todo,  
llega la Primavera, de oro y azul ornada,  
y el dios, que huele á podre, á vendajes y á yodo,  
la aprisiona en sus brazos, y en la carne rosada

hunde el hocico innoble de leopardo... Doliente,  
cae en tierra la virgen, ya sin rosas la frente,  
los cabellos flotantes, las pupilas vidriosas...

¡Y mientras van los cuervos, de picacho en picacho,  
junto al cuerpo en que sangran lentamente las rosas,  
sigue Marte riendo, como un César borracho!

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

ALFONSO CAMIN



LOS HORRORES DE LA GUERRA  
**EL HAMBRE EN JERUSALÉN**



Jerusalén visto desde el lugar llamado la Piscina de Betsaida



El célebre y sagrado Huerto de los Olivos de Jerusalén

Las palabras de lord Byron parecen encerrar un milagroso sentido profético: «Sobre las orillas del Jordán andan errantes los camellos del árabe; sobre la colina de Sión oran los ministros de los falsos dioses; sobre el peñasco de Sinaí doblan la rodilla los idólatras de Baal... Pero aquí, en este lugar, gran Dios, tu rayo duerme en silencio...» Este lugar es Jerusalén, y ahora, habiendo llevado la guerra sus desatadas iras al Asia Menor, y extendiéndose por las lindes de toda Arabia, parecen las palabras de lord Byron una visión admirable de los nuevos tormentos que padece la vieja tierra de Palestina.

Aislados de aquella parte del mundo, no conocemos, en realidad, lo que allí sucede. De vez en cuando, muy de tarde en tarde, un telegrama, sabe Dios de qué origen, y pasado por el tamiz de unas cuantas oficinas censoras y amañadoras, nos habla de combates en las fronteras rusa ó persa ó mediterránea, como si numerosos ejércitos llenaran, desde Anatolia ó Mesopotamia, todo el escenario de las Sagradas Escrituras.

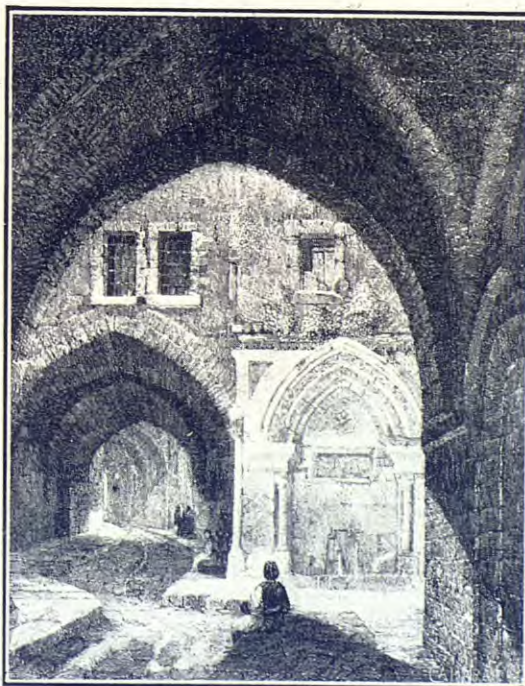
No tenía la Ciudad Santa otra riqueza que la de las peregrinaciones. Cada año, no sólo acrecían éstas, sino que era de más alto rango y riqueza la calidad de los visitantes. Intercalado Jerusalén en los itinerarios del turismo, y creados allí cómodos hoteles modernos, estaba siempre lleno de expediciones de gentes adineradas de América y de Europa. En tiempos de Chateaubriand, según el cálculo que éste hace en el relato de su viaje, llegaban á Jerusalén cada año mil quinientos europeos, que no gastaban menos de un promedio de mil francos, lo que suponía un ingreso en Jerusalén de millón y medio de francos. Antes de la guerra pasaban de veinticinco mil los europeos y americanos que cada año recorrían Tierra Santa, y como eran frecuentes los casos de judíos ricos, de millonarios yanquis y de *rastacueros* de todas procedencias, que, además de permanecer bastante tiempo en el país, hacían grandes limosnas á los santuarios é innumerables compras que llevar á sus hogares y á los amigos de su lugar, puede calcularse que el mínimo del promedio del gasto de los peregrinos era de mil duros cada uno, lo cual representaba en Jerusalén un ingreso de ciento veinticinco millones de pesetas.

Agréguese á esa riqueza que caía pródicamente, que se lograba sin esfuerzo ninguno, lo que representaba el tráfico con el interior de Asia, de donde también llegaban caravanas de peregrinos que, aun sin gastar lo que los europeos y americanos, representaban ingresos cuantiosos que se repartían entre los barrios pobres, entre las caravaneras y posadas ruines, entre los comerciantes sórdidos de las callejas mezqui-



La iglesia del Santo Sepulcro, de Jerusalén

nas. ¡Y la guerra, cerrando las rutas del Mediterráneo, cercando con tropas los caminos que pueden llevar á la India, ha aislado á Jerusalén, y ya no llegan á Jaffa los buques de recreo, y ya las caravanas no ascienden por el valle de Arabá, ni siguen los pasos de Moisés por las faldas de los montes de Idumea, ni descansan



Calle embovedada de Jerusalén

en las orillas del Zerka y del Talet! Al principio de la guerra, los grandes hosteleros y los judíos y los armenios dueños de los grandes bazares, y los sirios que acaparan múltiples abastecimientos, resistieron la ausencia de viajeros, esperando que la catástrofe se desenlazara prontamente; pero cuando vieron que los meses se sucedían, no sólo sin que la guerra cesase, sino extendiéndose y paralizando la navegación, comenzaron á cerrar sus casas y sus tiendas. En los barrios pobres el hambre comenzó á reinar bien pronto; la muchedumbre que vivía de seguir á los peregrinos, mendigándoles, vendiéndoles baratijas y prestándoles pequeños servicios, ya no tenía á quien extender las manos suplicantes; los obreros se encontraron sin jornales; dejaron de llegar las caravanas del interior que traían víveres. Luego, las levas de los turcos se llevaron la gente ágil y joven á los ejércitos del Sultán y quedaron muchas mujeres sin amparo. Así el hambre se ha apoderado de la Ciudad Sagrada, como si se cumpliera sobre ella una nueva predicción de Isaías.

La crisis es tanto más grave cuanto que Jerusalén no produce nada. El más optimista y benévolo de cuantos han descrito aquella región, Lamartine, decía: «El aspecto general de los alrededores de Jerusalén puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin grandeza; algunos cerros pardos, y de trecho en trecho alguna higuera, algunas vides ó resquebrajados olivos...» Otro viajero, Michaud, dice: «Ni en primavera se ven en Jerusalén bosques floridos ni verdes praderas cruzadas por arroyuelos, ni se escucha el cantar de los pájaros. Sólo algunas tórtolas emigrantes se arrullan sobre los altos árboles cercanos á la puerta de Sión.» Hay una palabra trágica en la que todos coinciden: «Desolación».

Y esta desolación, esta aridez de la tierra maldecida, ahora significa hambre. Las gentes huyen en manada hacia Persia, hacia Arabia, hacia Afganistán, aun á riesgo de que la guerra, que más que de ejércitos regulares es de guerrillas y partidas, podrá cogerlos en su engranaje y arrancarles la vida. La poca gente que queda en Jerusalén se agolpa cada mañana en los pórticos de los templos, las mezquitas y las sinagogas pidiendo los desperdicios de las comunidades y un poco de bazofia caritativa que en todas ellas se reparte. Antes de anoecer, todas las puertas se cierran, y cuadrillas de malhechores merodean por las calles y asaltan las casas.

Si la guerra durase un poco más, otro año, cuando la hora de la paz llegase, la cristiandad se encontraría con Jerusalén deshabitado y derruido de nuevo. Así, padece una vez más, la Ciudad Santa, los horrores de la locura de la Humanidad.

MARTÍN ÁVILA

# MODAS DE FLORALIA



**C**iertamente «la donna e mobile» porque la moda «e mobile», y natural é irresistiblemente nos ocurre que á veces, al variar de *toilette*, variamos de andar ó de poses para hacer resaltar el estilo de la confección. ¿Queréis un cambio más brusco, más desconcertante que la imposición del talle largo, del horrible talle largo? Sin embargo, no vacilamos en desfigurar aparentemente nuestro cuerpo, dando la ilusión de un talle bajo, de bebé zangolotino; y gracias á unas invisibles gafas, fenómeno de óptica, que la moda se encarga de colocarnos cuando le conviene; sugestionadas, nos encontramos encantadoras, más infantiles, y, sin darnos cuenta, para añiarnos, olvidamos los dos gramos de malicia que hemos aprendido en nuestros pocos años de vida.

Hay señoras gruesas (1) que, al ponerse estos modernísimos vestidos amplios, con el talle bajo, cortitos y con una banda anudada detrás, sienten la impresión de dejarse en casa de la modista veinticinco años y veinticinco kilos. Yo, por mi parte, soy partidaria acérrima del talle corto, que alarga la silueta, dando una esbeltez muy Imperio; pero, ¡qué le vamos á hacer!; cuando la moda impone el talle largo, por algo será. Quizá lo haga con la buena idea de variarnos continuamente de aspecto para no aburrir con nuestra monotonía á la otra inquieta mitad del género humano.

Sin embargo, hay modas que no cambian jamás, detalles de gusto refinado, que son inmutables por la fuerza sugestiva que poseen. Tal sucede, por ejemplo, con las exquisitas creaciones «FLORES DEL CAMPO», de la PERFUMERIA FLORALIA. Podrá variar la moda cuanto quiera, pero siempre serán ellas distintivo de buen tono.

Una mujer esbelta puede permitirse toda clase de fantasías; para ella está dibujado ese original vestido de jersey de lana verde, combinado con crespón de China, color salmón. La blusa lleva un doblez postizo que se anuda graciosamente á un lado de la cadera. Resulta muy práctico y elegante ese cuello-bufanda, que puede cruzarse al menor soplo de brisa.

Para las incondicionales y numerosas partidarias del talle corto está dedicado el otro vestido. Es de tricotina color banana, combinado con paño azul rey, cuyo borde está recortado en forma de fleco.

La nota saliente de la estación está en esos tres sombreros: el primero—de «liseré» azul marino—lleva el ala cubierta con cintas azul «nattier», cintas que forman delante una especie de pompón. Sólo un cutis idealizado por los deliciosos productos «FLORES DEL CAMPO» puede resistir con éxito el audaz y graciosísimo remangado de este modelo.

El segundo, de terciopelo negro y azul, tiene delante

una aplicación de bordados multicolores. Una hermosa cinta de fantasía rodea el casco, terminándolo airosamente. Y, por último, el tercer modelo es una toca de terciopelo «mordoré», combinado con seda de dicho color y blanca, y terminada con dos pompones de seda.

MAR DE MUN



(1) La loción **SUDORAL**, de la **PERFUMERIA FLORALIA**, liberta al sudor de molestas complicaciones olorosas.